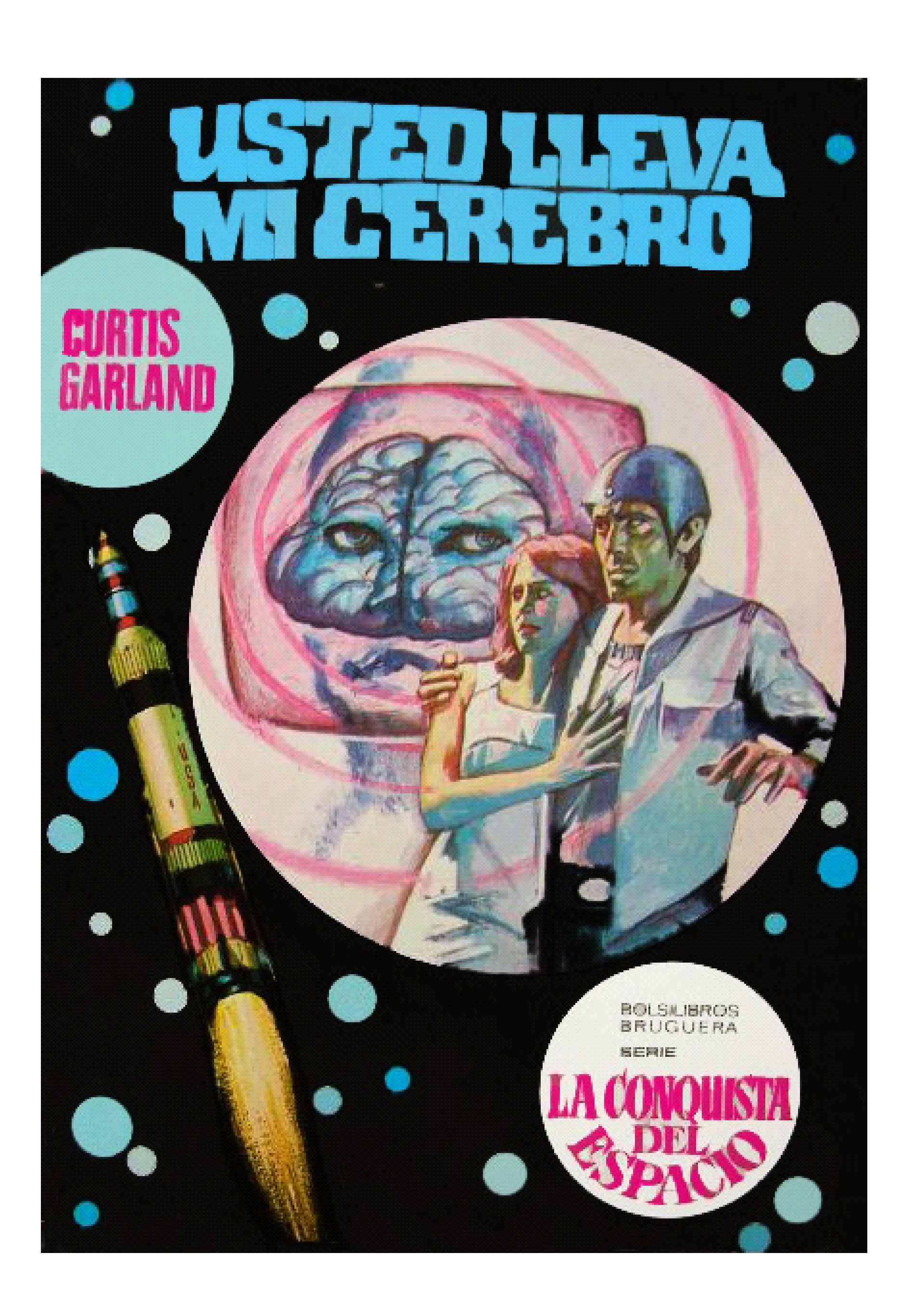


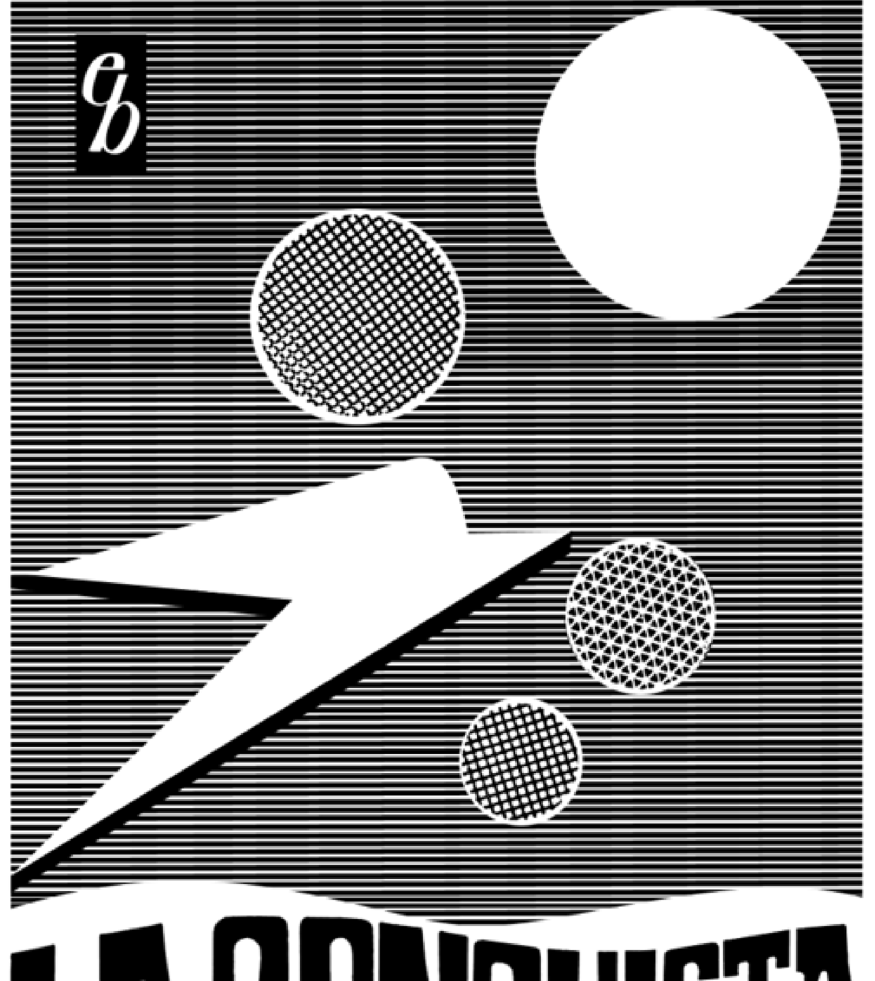
CURTIS GARLAND

BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE

LA CONQUISTA DEL ESPACIO


USTED LLEVA MI CEREBRO
CURTIS GARLAND
USA
BOLSILIBROS
BRUGUERA
SERIE
LA CONQUISTA DEL ESPACIO



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

CURTIS GARLAND

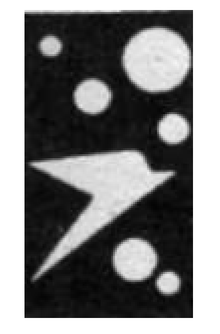
USTED LLEVA MI CEREBRO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 32

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

Depósito Legal B 2.900-1971

Impreso en España-Printed in Spain

1.a edición: marzo, 1971

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva. 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial**

Bruguera, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

1. **— Los hijos de las tinieblas.**

   Ralph Barby

1. **— Ladrón de robots.**

   Glenn Parrish

1. **—El 32 de diciembre.**

   Curtís Garland

1. **— La Voz del Universo.**

   Lucky Marty

1. **— Juicio contra un planeta.**

   Glenn Parrish

PROLOGO

« ¿Por qué, Dios mío?

» ¿Por qué sucede todo esto? ¿Por qué a mí, *precisamente* a mí?

»Hay tantas preguntas por hacerse... Tantas preguntas que no tienen respuesta, que jamás, posiblemente, lleguen a tenerla...

»Estoy asustado. Horrorizado.

»Asustado de algo que la Humanidad desconoce aún. Horrorizado de todo y de todos. De mí mismo en especial. Asustado de *alguien* más, que ni siquiera sé quién pueda ser.

»Eso sí tiene gracia. O tendría gracia, si no fuera tan espantoso, tan terriblemente espantoso... Ni siquiera sé a *quién* tengo miedo. Es a alguien, sí. *Alguien* que va por ahí, por el mundo, por alguna parte. Alguien cuyo nombre desconozco. Alguien que para mí es una perfecta incógnita. Pero le tengo miedo, sí. Mucho miedo. Pavor. Pánico, diría yo.

»Cielos, tiene que haber una solución, tiene que haber algo que uno pueda hacer. Lo que sea. Aunque fracase. Aunque me estrelle contra un muro inexpugnable. Pero *tiene* que haberlo. Las cosas..., las cosas no pueden quedar así. ¡No debe ser!

«Mientras tanto, ¿qué *cosa* soy yo? ¿Qué clase de ser, de criatura abominable y aterradora se mueve ahora entre los demás, como si fuese un ser normal, una persona como cualquier otra, cuando eso dista mucho, muchísimo, dé ser cierto?

»Si los que me miran lo pudieran saber… Si cuantos me rodean descubriesen la magnitud terrorífica de mi circunstancia, de los hechos que me rodean, la fatalidad alucinante que me ha tocado vivir, que estoy viviendo en estos momentos…, se apartarían de mí, angustiados, estremecidos de pavor, como se huye de un contaminado o de una bestia cruel y peligrosa.

»Sé que lo harían. Lo sé. Lo temo. Pero es un temor ridículo, comparado con otros temores que se alojan dentro de mí, en el fondo de mis sentimientos. Como algo feroz y despiadado, que ha hecho presa en mí, que me domina y me gobierna.

«Trato de recordar, de pensar, de volver la vista atrás…, y no me es posible.

»Es curioso. No me es posible recordar nada de nada. Nada, antes del momento aquél. Es como haber borrado de la mente todo lo que estorba. Todo lo que puede ser un lastre. Un terrible lastre, pesando implacable sobre uno.

«Recordar…

«Dios mío, es tan fácil para cualquier ser humano. ¿Por qué yo, *precisamente yo…,* soy *distinto* a todos los demás seres humanos? ¿Por qué?

«Voy a cerrar este diario. Debo hacerlo. Alguien se aproxima ya. Oigo los suaves pasos por el corredor. De un momento a otro se abrirá la puerta y aparecerá alguien en ella. Alguien uniformado, rígido, mecánico. Con un sobre lacrado y las últimas instrucciones. Me mirará inexpresivo. Me saludará militarmente. Me entregará ese sobre, estrechará mi mano y me dirá:

»—Buen viaje, comandante Barrow. Le deseo la mayor de las suertes, en nombre propio y en el del presidente de Estados Unidos de América.

«Eso será todo. Luego, se marchará. O me acompañará a la plataforma. No sé aún. Pero todo eso sucederá ahora. Y no quiero que ellos lean este diario antes de la partida. No deben hacerlo. No quiero que lo hagan. No deben descubrir lo que me sucede. No deben de

saber la verdad, la increíble verdad sobre el comandante Austin Barrow.

»Me asusta pensarlo. ¿Qué sería de mí si la supieran? ¿Qué harían conmigo, si llegasen ellos a saber que yo...? No, cielos, no. No quiero ni imaginarlo siquiera. Es demasiado terrible.

»Al menos, partir será una liberación. Será como tener una posibilidad. No sé cuál, pero una. Allá, adonde yo voy ahora, puede haber una esperanza, una ocasión de hacer algo por remediar este horror. Al menos, quiero pensarlo así. Quiero creer que las cosas serán diferentes. Si alguien llegara a decirme que no será así, si me convenciese de que, realmente, no tengo la menor posibilidad de nada..., creo que pondría fin a mi existencia. Creo que sí lo haría sin vacilar. No quiero ser un problema para nadie. No quiero llegar a convertirme en una amenaza, en un peligro para los demás. Me basta con serlo para mí mismo, tengo suficiente con saber que, de un modo u otro, soy ya bastante anormal, bastante extraño y terrible como criatura humana, en las actuales circunstancias.

»Los pasos se detienen ya ante mi puerta cerrada. Zumba el sistema electromagnético de las cerraduras de seguridad. El general está a punto de aparecer con el inevitable sobre lacrado. Será como aquella vez, la primera en que hice el viaje. Sólo que ahora, el viaje va a ser algo más largo, más duradero...

«Cierro el diario. Sí. Es mejor así. Lo guardaré en cuanto termine esta línea.

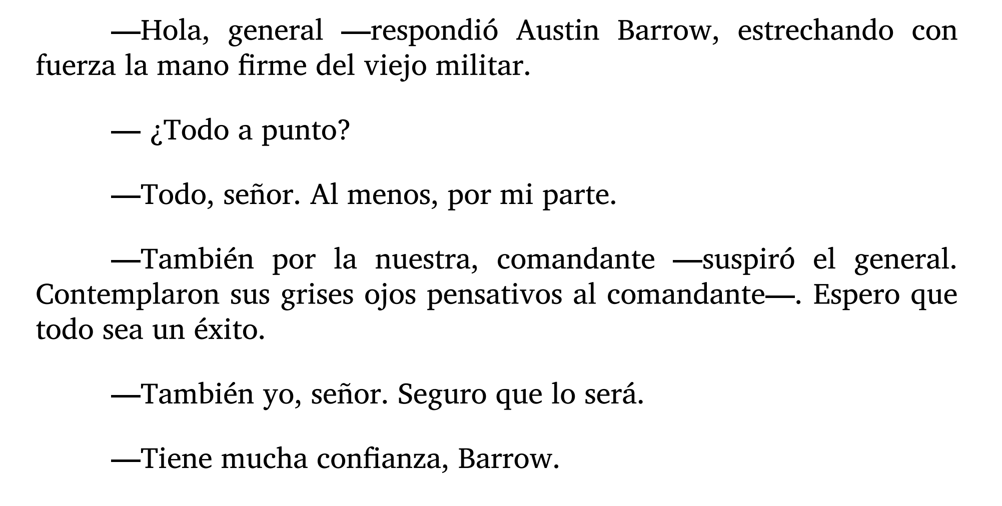
»Así.»

* * *

La puerta se abrió.

El general Warrington se mantuvo erguido un instante en el umbral. Luego, sonrió ampliamente y penetró en la cabina, tendiendo su mano cordial, tras un saludo breve, castrense, al hombre que, pausado, se incorporaba de su asiento, guardando una pequeña agenda de tapas grises en su bolsillo, junto con un lápiz automático.

—Hola, comandante Barrow —saludó.



—Hola, general —respondió Austin Barrow, estrechando con fuerza la mano firme del viejo militar.

— ¿Todo a punto?

—Todo, señor. Al menos, por mi parte.

—También por la nuestra, comandante —suspiró el general. Contemplaron sus grises ojos pensativos al comandante—. Espero que todo sea un éxito.

—También yo, señor. Seguro que lo será.

—Tiene mucha confianza, Barrow.

—Se supone que debo tenerla, general. Hasta ahora, todo fue bien. No tiene por qué ser diferente en estos momentos.

—Es cierto. Resulta tonto albergar temores. Sin embargo, la misión es arriesgada.

—Lo sé, general. Estas cosas siempre lo son. Pero han de hacerse.

—Sí, supongo que han de hacerse, después de todo —resopló Warrington. Hizo una pausa y tendió el sobre lacrado a su interlocutor —. Sus instrucciones, comandante. Como en todos los casos, no deberá desprender esos lacres hasta hallarse en pleno viaje.

—Conforme, señor.

—Bien, es todo —meneó la cabeza—. En nombre del presidente de Estados Unidos y del jefe del Programa Espacial, comandante Barrow..., buen viaje a Júpiter. Y buena suerte.

—Gracias, señor —respondió, solemne, Austin Barrow, el cosmonauta.

* * *

El hombre sonrió. Se reclinó apaciblemente en su cómodo asiento oscilante.

Luego, tomó un lento sorbo de refresco helado. Entornó los ojos astutos, penetrantes y reflexivos. La sonrisa se volvió una mueca, y exhaló el sonido sibilante y áspero de una risita sardónica, llena de ironía y de malevolencia.

—Ya está —murmuró—. Todo marcha…

Cerró los ojos. Se concentró. Era una de las cosas que mejor sabía hacer. Concentrarse intensamente formaba parte de su rutina. Y jamás nadie en el mundo se había podido concentrar de tal modo.

Dejó de hacerlo cuando sonó suavemente la puerca. Entreabrió sus párpados. Los ojos helados, color ámbar, se fijaron en las verdes pupilas que brillaban tras sedosas, largas pestañas rubias. Una alta figura de larga melena platinada se movió casi etérea por la sala muellemente alfombrada.

— ¿Todo funciona, Tara? —preguntó él.

—Todo, querido —suspiró ella—. Conforme a lo previsto.

—Bien… Supongo que falta poco para la Hora Cero.

—Muy poco. —Ella consultó su complicado cronómetro de pulsera—. Justamente dos horas, diecisiete minutos, treinta y cinco segundos.

—Ya. —El confirmó esos datos por su propio cronómetro—. Supongo que no hay problema alguno.

—Ni el más leve —se encogió ella de hombros—. No tenía por qué haberlo.

—Cierto. No tenía por qué haberlo.

Se incorporó despacio, perezosamente. Caminó hasta un panel del muro. Presionó un resorte. Se deslizó parte de esa pared silenciosamente. Apareció una pantalla de televisión con mandos y controles minuciosos. Pulsó un botón.

La pantalla se iluminó. Apareció una zona del astródromo. En ella, la torre de lanzamiento estaba a punto. El gigantesco proyectil apuntaba al cielo. Chorros de humo escapaban de sus motores en ignición.

El Proyecto Centauro iba a iniciarse en breve. Justamente dos

horas y diecisiete minutos más tarde, con el lanzamiento del proyectil «Tempest», con la cápsula «Galaxia» a bordo. Rumbo al más gigantesco de todos los planetas del sistema solar: Júpiter.

—Júpiter… —sonrió el hombre, entornando sus ojos calculadores. Estudió el momento del lanzamiento a punto de producirse—. Un audaz proyecto, Tara.

—Sí, muy audaz —ella sonrió a su vez, alisándose pensativa los cabellos platinados, con un gesto de instintiva coquetería—. ¿Llegará allí esa nave?

—Nunca se sabe… —él se encogió de hombros—. A bordo, solamente viajan cuatro hombres. Cuatro, Tara. Dirigidos por el comandante de vuelo Austin Barrow, de la NASA.

—Austin Barrow —hubo un destello irónico en los ojos de ella, al fijarse, chispeantes, en los de él. Avanzó la hermosa dama. Su figura sensual, como una escultura moderna y voluptuosa, cruzó la estancia. Sus brazos rodearon, como deliciosas sierpes vivas, el cuello del hombre. Sus rostros se acercaron. Rozaron sus labios suaves, aladamente casi—. Austin Barrow… Comandante de vuelos espaciales de la NASA. Una eminencia en la lucha del hombre por conquistar los espacios lejanos, ¿verdad?

—Verdad, cariño —sonrió él. Acarició su mejilla y enredó los dedos en los sedosos, lacios cabellos, que, como cascada silenciosa, descendían brillantes hasta los hombros de la muchacha vestida de blanco, con brevísima falda sobre sus muslos bronceados y las botas blancas, charoladas, que alcanzaban sus rodillas.

Miraron ambos a la pantalla de televisión. El cambió el encuadre, moviendo otro botón inmediato. Las cámaras de TV ofrecieron otro encuadre más próximo del lugar. Por unos vidrios del visor de la cápsula «Galaxia», la que debía llegar a Júpiter y regresar, en un largo y peligroso vuelo espacial, mostró los rostros borrosos de los hombres provistos de trajes y cascos espaciales. Sus facciones, incluso, eran perceptibles, gracias a la nitidez de la imagen televisada.

—Ese es Barrow, ¿verdad? —preguntó ella, señalando a uno de los hombres encerrados en la cabina amplia, infinitamente más amplia que todas las enviadas hasta la fecha a los espacios siderales.

—Sí —suspiró el hombre—. Es Austin Barrow, comandante de vuelo. Es él, Tara. El hombre que debe ser el primero en pisar la superficie de Júpiter en estos últimos años del siglo veinte.

Tara afirmó, despacio, con la cabeza. Volvía a sonreír, maliciosa.

— ¿Quién podría imaginarse, verdad…? ¿Quién podría pensar que ese astronauta, el comandante Barrow…? —comenzó ella, suavemente, con profundo sarcasmo.

—Sí. ¿Quién habría de figurárselo? —rió él—. Aunque lo proclamase a gritos, nadie le creería. Pero él no hará eso. El no se atreverá a decir a nadie la verdad. El no revelará a persona alguna que en estos momentos, dentro de su cráneo…, «no lleva su propio cerebro», sino el que yo puse en su lugar…, mientras «yo llevo el cerebro del comandante Austin Barrow…»

Y soltó una larga, aguda, hiriente carcajada.

CAPÍTULO PRIMERO

El Proyecto Centauro había comenzado.

El más ambicioso programa de investigación cósmica de todos los tiempos. El vuelo a grandes distancias siderales. El camino hacia

las estrellas, que podía abrirse allí, con la conquista del coloso planetario del sistema solar, el misterioso planeta de las franjas de colores: Júpiter.

La nave estaba ya en vuelo hacia su remoto destino.

Por el momento, todo era un éxito. Por el momento, nada fallaba. Ni lo más nimio.

La cápsula «Galaxia», sujeta todavía a la cabeza del gran proyectil «Tempest», penetraba en la negra noche vacía y eterna de los silencios cósmicos. En ruta hacia Júpiter. Hacia los confines del sistema solar, allí donde solamente el enigma de Plutón, el remoto y lejano Plutón, quedaría por conocer al hombre.

Era el principio de una nueva era. Acaso más allá del esperado y ya tan próximo año 2000 se llegase infinitamente más lejos. Fuera, incluso, del sistema solar. Pero por el momento, esto colmaba todas las ambiciones del aventurero humano del espacio. Era el máximo avance soñado por la astronáutica en su corta etapa de vida.

El comandante de vuelo era él. El, Austin Barrow. Astronauta, miembro importante de los programas de la NASA. Austin Barrow, un héroe del espacio. Un veterano de la conquista cósmica.

Sus compañeros, otros hombres tan expertos como él en la tarea de visitar las zonas exteriores de la Tierra, en busca de nuevos mundos; el doctor Ray North, igualmente de la NASA, aunque inglés por nacionalidad. Un reciente miembro recibido en Estados Unidos, de su estación de seguimiento espacial en Gran Bretaña. Un experto en Biología y Psicología, además de buen cosmonauta. Muy necesario a bordo.

Dimitri Zakov era el miembro ruso de la expedición. En la investigación científica y tecnológica, no había ya fronteras ni «guerra fría». Los soviéticos y americanos cooperaban hacía décadas en esa tarea. Zakov, un experto astronauta, sería muy útil en el viaje a Júpiter. Había estado en la primera expedición humana a Venus, y su eficacia estaba fuera" de toda duda.

El cuarto y último miembro de la expedición sideral era Alf van Burén. Un holandés, hijo de alemanes. Un técnico en Cibernética, un genio en Electrónica. El era responsable de todo contacto con la Tierra y sus estaciones de seguimiento hasta Júpiter. El, quien debía estudiar los complejos sistemas electrónicos de a bordo, en las computadoras de complicadísimas programaciones.

Eran ellos cuatro los expedicionarios a otros mundos lejanos.

Cuatro hombres dispuestos a todo. Cuatro hombres por encima de todo temor o todo posible riesgo. Cuatro pioneros del sistema solar, dispuestos a llegar hasta el gran coloso, el planeta gigante de nuestro sistema.

Hasta el momento, todo iba normal. Todo funcionaba correctamente a bordo. En la Tierra, la televisión en color y relieve transmitía puntualmente las nulas incidencias del vuelo. Tan perfecto era el programa Centauro, que todo resultaba pura rutina en apariencia, aunque fuese resultado complejo de una serie de increíbles medidas y cálculos de precisión infinitesimal.

Para cualquier observador terrestre, para las gentes que se agolpaban en el planeta terrestre, frente a las pantallas gigantescas y públicas de los video-diarios, o frente a sus particulares televisores murales, nada de todo aquello ofrecía la menor emoción o posibilidad de «suspense». El riesgo técnico era casi nulo. El humano, prácticamente inexistente.

Si la cápsula «Galaxia» fallaba, tenía suficientes recursos para salvar a sus ocupantes en un noventa y nueve por ciento de los casos previsibles. Si era el proyectil «Tempest» el que fracasaba, nada sucedería, gracias a los mil recursos diversos de a bordo, o bien por control remoto desde tierra. Si todo el programa espacial contenido en aquel ingente coloso de la balística astral llegaba a desmoronarse de súbito, los imponderables previstos de antemano, era difícil que dejaran al azar cualquier posibilidad por rara que fuese.

En suma, el peligro, el accidente, el riesgo, era improbable. Más aún: casi imposible. *Casi.*

Pero no imposible del todo, por supuesto. Eso, jamás.

El hombre y la máquina no podían preverlo todo, aunque sí casi todo. Ahí, en ese *casi,* estaba la diferencia.

Ahí estuvo la diferencia en el Proyecto Centauro, que movía al proyectil «Tempest» y a la cápsula «Galaxia».

Justamente en eso; en el *casi* que un cerebro normal no puede prever. En el riesgo que un computador, por perfecto que sea, no presagia en su programación de peligros.

Porque el factor que falló no fue mecánico ni tecnológico.

Fue humano.

El que falló fue el hombre.

El hombre… o lo que *algo* o *alguien* hizo de él.

Después de todo, ¿quién podía imaginar que uno de los cuatro astronautas encerrados en la cápsula «Galaxia»… no llevaba su propio cerebro encerrado dentro de su cráneo, sino el de otro ser, cuya misión era, precisamente, aniquilar el Proyecto Centauro?

No. Nadie imaginó tal cosa.

Nadie sospechó, ni remotamente, que el propio comandante de la nave, Austin Barrow, de la NASA, era un hombre con el cerebro de otro…

* * *

Austin Barrow leyó los datos del computador. Los retuvo en su mente. Era tarea fácil. Increíblemente fácil.

Su cerebro era como una gran computadora. Como un centro cibernético de incalculable perfección. Sentíase sorprendido en parte. Sólo en parte. Aquella que su conciencia, su conocimiento de que él era *él mismo,* le permitía conservar aún.

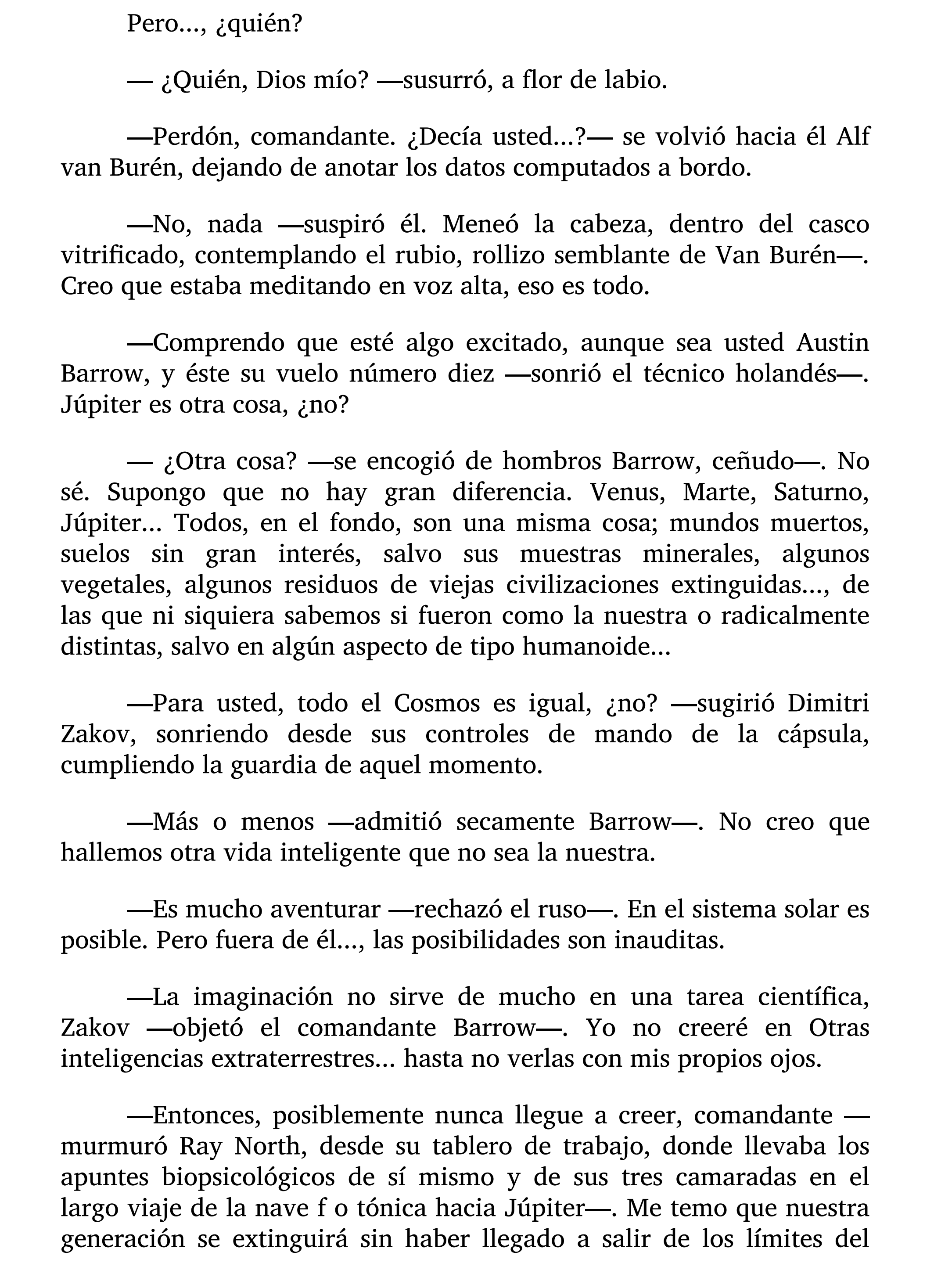
Y aun esa parte era tan débil, tan difusa…

Solamente como un velo. Como una tela sutil, un filtro entre sus sensaciones físicas y sus pensamientos más profundos, fuertes y directos. Como algo que se rebelaba a morir o a ser sometido. Algo que ni él mismo sabía lo que pudiera ser.

Conscientemente, seguía siendo Austin Barrow, cosmonauta. Inconsciente, sabía que había dejado ya de serlo. Su cerebro era otro. Era *de otro.* Lo sabía. Lo había sabido siempre, desde que despertó de aquel extraño letargo.

El letargo…

En él estaba la clave de todo. El letargo. Aquel letargo en que



entró él siendo únicamente *él.* Y del que salió siendo... *otro.*

Otro.

Pero..., ¿quién?

— ¿Quién, Dios mío? —susurró, a flor de labio.

—Perdón, comandante. ¿Decía usted...?— se volvió hacia él Alf van Burén, dejando de anotar los datos computados a bordo.

—No, nada —suspiró él. Meneó la cabeza, dentro del casco vitrificado, contemplando el rubio, rollizo semblante de Van Burén—. Creo que estaba meditando en voz alta, eso es todo.

—Comprendo que esté algo excitado, aunque sea usted Austin Barrow, y éste su vuelo número diez —sonrió el técnico holandés—. Júpiter es otra cosa, ¿no?

— ¿Otra cosa? —se encogió de hombros Barrow, ceñudo—. No sé. Supongo que no hay gran diferencia. Venus, Marte, Saturno, Júpiter... Todos, en el fondo, son una misma cosa; mundos muertos, suelos sin gran interés, salvo sus muestras minerales, algunos vegetales, algunos residuos de viejas civilizaciones extinguidas..., de las que ni siquiera sabemos si fueron como la nuestra o radicalmente distintas, salvo en algún aspecto de tipo humanoide...

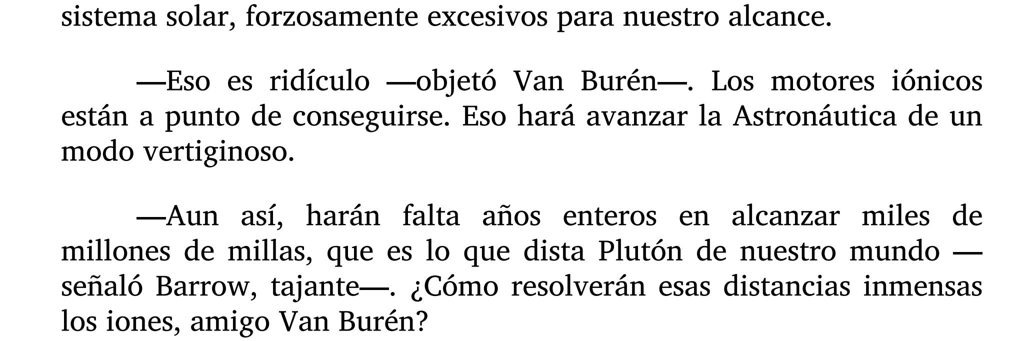
—Para usted, todo el Cosmos es igual, ¿no? —sugirió Dimitri Zakov, sonriendo desde sus controles de mando de la cápsula, cumpliendo la guardia de aquel momento.

—Más o menos —admitió secamente Barrow—. No creo que hallemos otra vida inteligente que no sea la nuestra.

—Es mucho aventurar —rechazó el ruso—. En el sistema solar es posible. Pero fuera de él..., las posibilidades son inauditas.

—La imaginación no sirve de mucho en una tarea científica, Zakov —objetó el comandante Barrow—. Yo no creeré en Otras inteligencias extraterrestres... hasta no verlas con mis propios ojos.

—Entonces, posiblemente nunca llegue a creer, comandante —murmuró Ray North, desde su tablero de trabajo, donde llevaba los apuntes biopsicológicos de sí mismo y de sus tres camaradas en el largo viaje de la nave f o tónica hacia Júpiter—. Me temo que nuestra generación se extinguirá sin haber llegado a salir de los límites del



sistema solar, forzosamente excesivos para nuestro alcance.

—Eso es ridículo —objetó Van Burén—. Los motores iónicos están a punto de conseguirse. Eso hará avanzar la Astronáutica de un modo vertiginoso.

—Aun así, harán falta años enteros en alcanzar miles de millones de millas, que es lo que dista Plutón de nuestro mundo —señaló Barrow, tajante—. ¿Cómo resolverán esas distancias inmensas los iones, amigo Van Burén?

—Me sorprende que usted, comandante, un hombre de ideas avanzadas, de gran inteligencia, que ha escrito en revistas científicas y técnicas artículos sobre posibles métodos insospechados de tracción cósmica, incluso obtenidos de hallazgos ajenos al hombre de la Tierra, de teóricos habitantes de otros planetas, de otros sistemas…

—Teóricos, usted lo dijo, North —respondió Barrow. Luego, sonrió, casi tímido—. Acepto que escribí esos artículos. Incluso que creí muchas de las cosas que sostuve en ellos. Pero, por otro lado, debemos admitir que son simples suposiciones, fantasías nuestras… Esos hallazgo capaces de enviarnos a velocidades comparables, por ejemplo, a la de la luz, sólo son utopías. El hombre es el único ser inteligente que hasta ahora demostró existir en los planetas. ¿Debemos creer que hay… otros seres superiores?

—Superiores o no, sí más avanzados técnicamente —sonrió Zakov—. Y no es fantasía. Es simple especulación, conforme. Pero en la ciencia también se debe especular, comandante. Creo que esta frase es suya…

—Sí —malhumorado, Barrow inclinó la cabeza—. Es mía, lo acepto. Pero empiezo a dudar de su valor, amigos míos… Ahora, dejemos esta charla sin sentido. Es el momento de dar los datos a la estación espacial de Houston.

—Conforme, comandante. —Zakov le miró sorprendido, con cierto gesto de intriga—. Usted es quien manda a bordo. Lo que usted diga, sabe que será aceptado como artículo de fe. Sólo que hablaba de… de simples criterios personales, al margen de la misión en este viaje. Por eso me permití objetar algo…

—Está bien, Zakov. Ocúpese de su tarea. Olvidemos el asunto.

—Sí, comandante —aceptó el ruso. Y su gesto se endureció, con una viva contrariedad reflejada en su semblante.

Barrow fue a su propio tablero de trabajo. Van Burén y North cambiaron una mirada. El biólogo inglés y el cibernético holandés revelaron su mutua extrañeza en un gesto casi idéntico. Luego, se sumieron en su tarea, harto complicada y compleja para despreocuparse de ella pensando en otras cosas.

El incidente de la rara discusión con un hombre hasta entonces audaz y lleno de imaginación en sus teorías, como era el joven astronauta americano Austin Barrow, se olvidó en breve.

Al menos, lo olvidaron ellos. Los tres astronautas que actuaban a sus órdenes en la cápsula que volaba por el espacio, hacia Júpiter.

Ellos tres. Solamente ellos tres.

Pero hubo alguien que no lo olvidó. Que lo retuvo en su mente, alojado en un compartimento muy especial y hermético de su cerebro frío, lúcido, tremendamente organizado y complejo.

Ese alguien era el propio Barrow. El comandante Austin Barrow, de la NASA.

Y para sí, reflexivamente, mientras parecía sumergido en su difícil tarea de cálculos y medidas, fácilmente resueltos por su máquina grabadora de datos, que tecleaba con celeridad sorprendente, Austin Barrow se decía a sí mismo, allá en el fondo de su mente:

«Tengo que hacerlo. Tengo que hacerlo pronto. Y debo dominarme, o ellos sospecharán. Tengo que hacerlo...»

Sí. Tenía que hacerlo. Era la orden. La orden dada a sí mismo por su propio cerebro. Por su actual cerebro, que no era suyo, sino de otro ser. Pero que estaba ahora *dentro* de él.

La orden era ésa. Tenía que hacerlo. A su debido tiempo.

«Tengo que hacerlo —se repitió una vez más, de forma puramente mental—. Tengo que matarlos. A todos ellos. A los tres...»

* * *

«Sí, Barrow. Tienes que hacerlo. Tienes que matarlos. A los tres.

A Ray North, a Dimitri Zakov, a Alf van Burén… A los tres, Barrow. *Tienes que matarlos.* Sin piedad. Sin la menor compasión. Fría, deliberada, matemáticamente.»

Suspiró el ser, tras concentrarse en aquella orden que flotaba en un rincón de su propio cerebro, como algo ajeno a sí mismo, a la mente que ahora poseía dentro de sí.

Los ojos color ámbar destellaron glacialmente, como lagos gélidos de un mar boreal. Luego, calmosos, se entornaron, apagándose su extraña y fría luz. La faz armoniosa, serena y pálida recobró su serenidad habitual. Controló sus pensamientos, dominó sus más íntimos y profundos reflejos mentales.

Ya estaba.

Había emitido la orden. Las ondas mentales viajaban ya por la nada, por el éter, por el espacio, transmitiéndose como radiaciones poderosas hacia un punto receptor infalible: el cerebro de sí mismo. Su propio cerebro, encerrado en *otra* corteza craneal.

—Espero que no se resista —musitó a flor de labio el personaje de ojos de ámbar. Y pasó bajo las luces azules, tan frías como él mismo, reflejadas por su rapado, calvo, terso cráneo, cuya epidermis parecía un sutil, liviano tejido plástico adherido al óvalo agudo de su cabeza—. Confío en que aquella parte que queda de su propio cerebro, de su memoria y de su consciencia no sea afectada por contraórdenes mentales…

Luego, se inclinó sobre un tablero lleno de mandos. Hizo funcionar unos botones de diversos colores. Zumbaron sonidos electrónicos en una pantalla curva, redonda. Como dibujos verdes, luminiscentes, similares a una vieja pantalla de radar, pero dibujando complicadas curvas, espirales y ondulaciones, surgieron allí unas difusas emisiones.

Las estudió. Su mente las analizó heladamente. Las tradujo. Una sonrisa glacial asomó a su boca delgada.

—Conforme —musitó—. Ha recibido el mensaje. Ya recuerda. Ya *sabe.* Debe matar. Debe matar, y lo hará. Luego, una vez solo en la cápsula, hará el resto…

Sonrió. Se inclinó. Apagó la pantalla redonda, donde viera los reflejos mentales de un cerebro situado a enorme distancia; su propio cerebro, introducido en otro ser.

En Austin Barrow, cosmonauta de la NASA, en misión hacia Júpiter…

CAPÍTULO II

— ¿Es aquello, mamá?

—No, hijo. —Nadia miró al negro espacio de la noche, salpicado de estrellas. Y de flotantes formas luminosas en movimiento suave, tenue, apenas perceptible entre los astros lejanos y aparentemente inmóviles—. Ese es el «InterNews 22». El satélite de comunicaciones para televisión estereoscópica...

—Entonces, ¿dónde está, mamá? —indagó el pequeño Dean.

—No se le ve, hijo. Está lejos, muy lejos.

—Las estrellas están más lejos, madre. Papá lo dijo siempre. Y se las ve...

—Bueno, es diferente. —Nadia Barrow sonrió, acariciando la cabeza levemente rubia de su hijo—. Resulta difícil de entender, pero es así. Donde va tu papá ahora..., no es fácil verlo desde aquí. Ellos sí lo ven, claro.

— ¿Ellos?

—Me refiero a los hombres de Houston, Dean. Y de Europa, y de Asia... Hay gente que sigue su vuelo, como tú lo seguiste antes por

televisión... Sí, Dean, cariño. Eso es diferente. Pero desde el jardín... No, no es posible verlo desde el jardín, puedes estar seguro de eso, hijito.

—Oh, qué pena —se lamentó el pequeño Dean Barrow, con sus decepcionados, desilusionados cinco años—. Qué pena, mamá...

—Sí, hijo, es una pena. Pero es así. No podemos hacer nada para cambiar las cosas. —Miró al cielo, a la negrura distante, entre parpadeos de estrellas remotas—. A mí también me gustaría ver la nave desde aquí, en este momento, con sólo mirar al cielo... Vamos adentro, Dean. Marsha llegará dentro de poco a pasarte los cuentos proyectados en el lector infantil. No debes hacerla esperar.

—No, mamá. Marsha es muy buena.

—Claro que es muy buena.

—Y muy bonita, ¿verdad, mamá?

—Sí, muy bonita.

—Casi tan bonita como tú...

—Casi, casi —rió entre dientes ella—. Marsha es muy bonita y muy buena. Por eso no debes hacerla esperar. Nos acompaña cuando tu padre está lejos. Nos distrae, nos habla de mil cosas... De sus viajes, de todo lo que ella sabe, que es mucho... Te quiere, Dean. Te quiere mucho. Tú lo sabes. Ven, vamos adentro. Comienza a hacer frío afuera...

Y con una última mirada al cielo, al tachonado dosel nocturno de la ciudad y del mundo que ahora pensaba en una nave espacial y en cuatro hombres que iban a bordo de ella camino de Júpiter, Nadia Barrow tomó a su hijo de la mano, y entró con él en la casa hogareña, tibia y amable.

Se cerró la puerta a la noche. Dean pareció desilusionado, como si ese simple obstáculo entre él y la noche estrellada fuese como un muro inaccesible que le separase de la gran aventura cósmica de su padre. Como si la noche, el espacio y el comandante Barrow quedaran definitivamente lejos de su alcance, perdidos en alguna parte...

—Mamá, ¿papá encontrará a los marcianos en su viaje?

—Dean, no hay marcianos. Papá ya te habló de eso...

—Pero mamá, en la televisión decían el otro día que...

—Dean, era un programa fantástico —sonrió ella—. Un bello cuento, y nada más. Lo que tu padre ha ido a buscar a esos mundos, a ese espacio lejano, no son precisamente cuentos infantiles, sino realidades. Difíciles y lejanas realidades, mi pequeño...

—Sí, mamá —asintió Dean, todavía vacilante—. Pero aun así, en alguna parte debe haber marcianos...

Nadia movió la cabeza, divertida con el comentario ingenuo de su hijo. Y se limitó a comentar, con un gesto de circunstancias y una sonrisa amable:

—Sí, Dean, hijo mío. Quizá... Quizá, a pesar de todo, en alguna parte del Universo haya... marcianos —y su sonrisa se amplió, risueña, mientras la puerta se cerraba tras de ellos, suave y silenciosa, sobre sus ocultos engranajes automáticos.

Afuera se quedó el jardín silencioso, de verde césped cuidado, de flores artificiales conservadas y cultivadas por los sistemas de climatización de parques públicos. Y la noche. La luminosa, límpida noche ciudadana, con miríadas de estrellas sobre la urbe ultramoderna, de lineal y audaz estructura, de edificios atrevidos y numerosos niveles aéreos para el deslizamiento de los vehículos de su época.

Dentro de la casa, al amor del fuego mecánico de las chimeneas automáticas, ante las pantallas de televisión accionadas por los controles múltiples del sistema doméstico-magnético, Nadia y su niño se acomodaron a ver el programa de cada noche, esperando la llegada de Marsha, su joven y bella vecina, su mejor amiga y compañera en las tardes y noches de larga espera en soledad. Con Austin allá, entre estrellas, muy lejos en la distancia, muy lejos en la noche y, acaso, en el mismo tiempo y el espacio.

Esta vez iba a ser diferente. Ellos no lo sabían. No podían saberlo. Pero mientras la televisión transmitía bellos y límpidos documentales en color y tres dimensiones, desde el espacio exterior, mostrando a la nave y a sus ocupantes, los cuatro astronautas, camino del planeta Júpiter, algo acechaba a la familia de Austin Barrow. Algo que ellos no podían presentir siquiera. Algo que podía ser una esperanza increíble.

O un peligro diabólico e insospechado.

El peligro más alucinante e increíble jamás imaginado por el hombre.

Un peligro llamado «Vac».

Apenas nada. Un nombre corto. Muy corto.

Pero un peligro terrible. Aterrador. Imposible de combatir tal vez…

Sólo ese breve nombre: Vac…

* * *

—Tara…

— ¿Sí, Vac? —respondió ella, alisándose suavemente su sedoso cabello platinado, largo y lacio como puros hilos de plata.

—Creo que debo hacerlo ya —dijo él, calmoso—. Ha transcurrido el tiempo preciso para la experiencia.

— ¿Resultará, Vac?

—No lo sé —suspiró él—. Es un experimento. Nunca se sabe cómo resultan hasta que se han llevado a cabo.

—Podrías fracasar…

—Sí. Pero no lo creo. Tengo el cerebro de él. Dentro de mí —se tocó su cráneo terso, pelado, brillante y duro, como un auténtico huevo rosado. Enarcó las cejas oblicuas—. Eso bastará.

— ¿Bastará? —se preguntó en voz alta Tara.

—Se supone que sí. —Sus ojos ambarinos centellearon—. ¿Dudas acaso de nuestro poder?

—No, no dudo. —Miró a la pantalla de televisión, donde la imagen estereoscópica en color le reveló la lejana imagen de la cápsula «Galaxia», camino de Júpiter—. El está allí ahora. Con *tu* cerebro, Vac. Supongo que todo resultará bien. Sólo espero que sea posible hacerlo…

—Ha de ser posible. Todo se ha medido cuidadosamente. La fuerza está de nuestro lado. Tú sabes qué tremenda fuerza es ésa. Nunca, antes de ahora, el ser humano se enfrentó con algo así. Tiene que resultar, no hay duda.

— ¿Y... si no resultara?

—En ese caso... —Vac se encogió de hombros. Sonrió, helado—. No sé. Habría que hacer algo. Tara.

— ¿El qué?

—Algo especial. No programado aún. —Se tocó su cráneo, pensativo—. Deja que trabaje mi mente. Es la de Barrow, el cosmonauta. Él sabrá cómo actuar en un caso así. Llevo su cerebro, ¿no? Es todo lo que necesito.

—Bien —murmuró Tara, acercándose a un mueble blanco en el que presionó una moltura—. Te deseo suerte, Vac. Por el bien de todos nosotros.

—Muy amable —la miró, irónico—. Ahora, dame la droga.

—Sí, Vac. ¿La FK-106?

—Exacto —asintió él—. La FK-106. Inyectable, Tara.

La rubia platinada se la entregó, una vez en la jeringuilla. El la aplicó sobre su epidermis, a la altura del bíceps de su brazo izquierdo. Esperó unos momentos. Luego, se acercó a un espejo mural. Se contempló en él.

Transcurrieron unos minutos, no más de cuatro o cinco. Luego, llevó los dedos a su faz. Oprimió sus mejillas.

Sucedió algo curioso entonces. Se hundió la carne allí donde presionaba. Como si fuese arcilla. O cera. Era moldeable su carne. Algo, un proceso especial, había alterado su estructura física normal. La epidermis era maleable, blanda, capaz de ser moldeada.

Y la moldeó, evocando las facciones de sí mismo. De Austin Barrow, el cosmonauta, cuyo cerebro llevaba dentro de su cráneo.

Al terminar, el éxito era total.

El espejo le devolvió la misma imagen de Austin Barrow, el hombre espacial de la NASA.

—Perfecto —suspiró, volviéndose a Tara—. ¿Qué opinas?

—Sí —asintió ella—. Perfecto de veras. No habrá fallo, estoy segura. Creerán que eres Barrow en persona.

—Y lo soy —rió él, sarcástico—. Recuerda algo: mi mente es la de Barrow. Ahora tengo también su rostro. ¿No es eso suficiente, Tara?

Luego, se encaminó a la salida. El hombre del rostro cambiado se limitó a ajustarse una peluca de cabello especial, idéntico al de Barrow. Ajustado ese pelo a su cráneo, hizo la perfecta ilusión. Nadie en absoluto hubiera diferenciado a aquel personaje del auténtico Barrow, que ahora navegaba hacia Júpiter, con el cerebro de otro ser llamado Vac dentro de su mente.

Y con la misión de matar a sus tres compañeros de vuelo sideral.

* * *

El comandante Austin Barrow estudió su cronómetro, de complicadas cifras y agujas. Sonrió. Todo iba bien. El vuelo se realizaba conforme a lo previsto. Lo previsto por la NASA. Lo previsto por Vac. Por el hombre cuyo cerebro poseía.

—Es curioso —murmuró—. Soy *el otro.* Al mismo tiempo, sigo siendo algo de mí mismo. *Sé* que soy Austin Barrow físicamente. Conservo parte de mi cerebro. Una pequeña parte, eso sí. Pero dominada por el resto de mi mente. Tengo *consciencia* de ser quien he sido siempre. Sólo eso. El resto... es Vac. Yo soy Vac, no Barrow. Debo matar. Es mi misión, porque así se dispuso previamente, al programarse esto. Entretanto... ¿qué hace Vac en el planeta Tierra? ¿Qué hace, llevando *mi* cerebro?

Le dolieron las sienes. Sucedía siempre que quería pensar, que deseaba aislar cierta clase de ideas. El resto de su cerebro poseía un poder infinitamente superior. Bloqueaba a su consciencia, a su conocimiento íntimo de que, pese a llevar la mente de otro, él era o fue antes el comandante Austin Barrow.

El dolor cesó en cuanto esa leve consciencia temporal cedió, pasando a un olvido casi total, a una borrosa imagen lejana, que no

afectaba el funcionamiento de sus restantes células mentales.

Ahora era Vac. Solamente *él.* Vac. El encargado de ejecutar a Ray North, a Dimitri Zakov, a Van Burén...

Cuando eso hubiera ocurrido, la nave sería solamente suya. Aislaría los contactos con la Tierra. Era también parte de la orden recibida. Y luego...

Sonrió para sí. Luego, todo iba a ser fácil ya. Tenía que serlo. El poder era suyo. La fuerza era suya. Los demás eran simples marionetas, peleles a su antojo, a su merced.

Confiaban en él. Le obedecían, le respetaban, ¿Cómo imaginarse que, tras el físico de su comandante, había *otra* mentalidad actuando? No. Eso, ellos no lo entenderían. Ni siquiera el imaginativo Zakov, o el inteligente North, o el astuto Van Burén. Nadie podía entenderlo. Ni sospecharlo siquiera.

Era demasiado increíble. Demasiado fantástico para sus pobres mentes, habituadas a lo rutinario, a lo cotidiano, por insólito que esto resultara para el resto del mundo, para los que no viajaban al espacio exterior, para los que nunca recorrerían planetas, mundos y espacios.

Era la hora del reposo. A él le tocaba la guardia ahora. No hacía falta que nadie lo mencionara. Cada uno tenía su cuadro de obligaciones y de turnos perfectamente delimitados. Ahora dormían North y Zakov. Atendía Van Burén a las comunicaciones, en la cabina inmediata de la cápsula. Y él, comandante de la nave, cumplía su vigilancia de tres horas, conforme a lo previsto en el programa minucioso de a bordo. Eso era todo.

Era suficiente. Era cuanto se esperaba. Era el momento adecuado.

Distancia de la Tierra, según los instrumentos: doce millones de millas. Muy próximos ya a Marte. Un planeta que pasarían de largo, con sus dos satélites, Phobos y Deimos.

No era mal momento. Se podía hacer. Se debía hacer.

Y el comandante Austin Barrow lo hizo. Inclinóse sobre los mandos. Abrió un compartimento inferior. Extrajo una máscara especial contra la falta de aire respirable La aplicó a su rostro. Luego, tranquilo y frío como una simple máquina ejecutora, destrozó a golpes secos, breves y ahogados, otras máscaras de emergencia, hasta quedar

solamente la suya, aplicada sobre su escafandra espacial.

Después de eso, sonrió heladamente. Su mano enguantada se dirigió a un mando de sus controles. Era el de aire respirable, el de oxígeno dentro de la nave. Cerró de golpe. Con esa simple acción, bloqueaba los depósitos de aire de reserva. En escasos minutos, el aire se haría irrespirable.

Todos morirían asfixiados durante su sueño reparador. Todos menos él.

Sonrió para sí. Musitó a flor de labio, esperando pacientemente el final de su sencillo y despiadado asesinato colectivo, a bordo de la cápsula «Galaxia».

—Misión cumplida. Vac ha hecho lo ordenado. Lo previsto. Ahora, veremos si Austin Barrow hace su misión en la Tierra...

Y contempló, impávido, el descenso gradual, brusco, dramático, del indicador de nivel de oxígeno respirable, hacia el límite letal que provocaría el fin de sus camaradas en la nave cósmica.

CAPÍTULO III

Nadia fue a abrir cuando sonó la musical vibración melodiosa del timbre de entrada.

— ¿Espera visitas, señora Barrow? —se sorprendió Marsha, su bella vecina, dejando de leerle a Dean una lección de zoología que el niño seguía en la televisión estereoscópica, al funcionar el video educativo.

—No —denegó ella, perpleja—. Es tarde ya. Nunca viene nadie a estas horas…

—Mamá, a lo mejor papá ha vuelto con los marcianos… —sugirió Dean, ilusionado.

—Oh, Dean, por favor —le reprendió su madre—. Estudia y calla.

—Sí, mamá —dijo el pequeño, cohibido—. Perdona. Yo pensé que podía ser papá…

—No volvió aún del espacio, hijo. Lo hará más tarde, dentro de unas semanas. Es un largo, muy largo viaje… —sonrió a Marsha, que le devolvió la sonrisa, comprensiva, y fue a abrir cuando el timbre musical repicó de nuevo.

Nadia sufrió una brusca, una tremenda sorpresa.

Se quedó de una pieza, como alucinada, mirando al hombre erguido ante ella en el umbral del jardín.

— ¡Austin! —gimió—. ¡Oh, no, no es posible!...

—Nadia, cariño, deja que te explique... —los brazos de ella fueron fuertemente oprimidos por las manos de él. La figura y el rostro familiar de Austin Barrow, eran ante ella una sólida e increíble realidad. El pasó al recibidor, cerrando tras de sí.

—Austin, no es posible... —susurró ella, temblorosa—. Estás..., estás en el espacio... Te vimos hace poco por la televisión...

—Todo trucado —jadeó él—. Todo mentira, Nadia. Ha ocurrido algo insólito, algo inesperado. No debe verme nadie. Por eso he venido rápidamente a casa. Te explicaré, querida. Es largo de contar. ¿Y Dean? ¿Está bien el pequeño? Con Marsha, supongo...

Nadia asintió. No podía desconfiar. No podía dudar. Era Austin. Su marido. Hablaba como él habló siempre. Preguntaba por su hijo, por su vecina Marsha... Como siempre también.

Por supuesto que ni soñó en una leve duda. No confundiría a su marido en parte alguna del mundo. Era Austin en persona. Quienquiera que fuese el que iba en la nave, el que vio ella por la televisión... no podía ser Barrow, aunque lo pareciese.

—Es que no puedo entender... —gimió, abrazándole, sintiendo temblar sus piernas—. Tú vas en esa nave. Todos te vimos... Eres su comandante... ¿Qué pudo suceder... para esto?

—La NASA descubrió algo, un complot o cosa así. Falseó el viaje. Está pasando una filmación, un trucaje. No hay tal nave en el espacio, Nadia, digan lo que digan —puso un dedo en sus labios, con un centelleo agudo en sus ojos, que ella había visto muchas veces antes de ahora—. Pero entiende esto. No debe revelarse, no debe decirse a nadie...

—Pero..., pero Dean te verá. Y Marsha... Ellos están ahí...

—Preferiría no verlos... —respiró hondo al oír una carrera, voces infantiles, la llamada de una juvenil voz de mujer. Y añadió, pesaroso —: Malo. Ya vienen hacia acá los dos. No puedo evitar que me vean... Les contaremos cualquier cosa. Otro pretexto. Espera, deja que hable

yo, Nadia, cariño…

Ya era tiempo. Oprimió dulce pero firmemente el brazo de ella, cuando Marsha y el pequeño aparecieron en el corredor. Dean se lanzó, entusiasmado, en brazos de su padre.

— ¡Lo sabía, lo sabía! —gritó—. ¡Eres papá, papaíto! ¿Dónde dejaste a los marcianos?

— ¿Los marcianos? Oh, eso… —el hombre que parecía ser Austin Barrow rió, estrechando contra sí al niño, como su padre siempre había hecho—. Bueno, los guardé en una cajita. Ya los verás mañana, hijo…

— ¿Ves, mamá? —Dean se volvió triunfante a su madre—. Sabía que papá iba a venir… Y que había marcianos… ¿Son verdes, papá?

—Bueno… casi verdes —rió el recién llegado—. Pero no del todo…

— ¿Con antenas o con tentáculos?

—Mitad y mitad —guiñó el ojo a Marsha, que le contemplaba, estupefacta, sorprendida, pero con un gesto de alegría y complacencia, que dominaba a su propio asombro ante la presencia del hombre a quien todos los noticiarios televisados y los periódicos de última edición anunciaban como viajero del espacio, a millones de millas de la Tierra—. Vamos, Dean, sigue estudiando con Marsha. Mamá y yo tenemos mucho que hablar ahora…

—Sí, papá. Pero quiero ver a los marcianos. ¿Mañana?

—Mañana sin falta —prometió él, muy serio. E hizo un gesto significativo a Marsha, que tomó consigo al pequeño Barrow, para llevarlo al gabinete de nuevo—. Ahora, obedece.

—Señor Barrow, no sé lo que ha sucedido para que usted parezca estar en dos sitios a la vez, pero sea ello lo que sea… me alegro —murmuró Marsha, risueña—. Me alegro mucho. Por el niño, por la señora…, por todos.

—Gracias, Marsha —sonrió tiernamente Barrow—. Eres una gran chica… No sé lo que sería de Nadia sin ti… cuando yo no estoy.

Ellos se ausentaron. Nadia y Barrow se miraron fijamente. En silencio. Ella estaba pálida, indecisa. Austin Barrow, tranquilo, sereno,

dueño de sí.

—Austin, no puedo entender todo esto... —musitó Nadia—. Ese programa televisado cada día, las noticias todas... ¿Cómo pueden mentir en eso, falsear la verdad...?

—Es largo de contar. Hay un complot contra nuestros programas espaciales. Algún país de Asia, se supone. No hay seguridad en nada. Fingieron enviar el «Tempest» con la cápsula «Galaxia». Pero es una farsa. Todos seguimos aquí.

—Entonces es demasiado atrevido permitirte venir...

—Nadie me lo ha permitido —rió él, rodeándola con sus brazos, besándola, como sólo Austin sabía hacerlo—. Yo me escapé.

—Austin, es serio. Podría ocurrir que eso fuese peligroso, incluso..., incluso grave para la seguridad nacional y todo eso...

—No, Nadia. No ocurrirá nada —la calmó él—. Nada de nada. Ven, sigamos hablando... Debes convencerte de que todo va a ir bien. Pero nadie debe saber que estoy aquí. Pide a Marsha que no lo revele a nadie, que el niño no hable de ello... ¿Comprendes, Nadia?

—Sí, cariño, entiendo —le besó—. Entiendo, y doy gracias al cielo porque estés aquí, a mi lado, en estos momentos... Es lo más hermoso que pudo suceder. Inesperado y hermoso, Austin, mi vida...

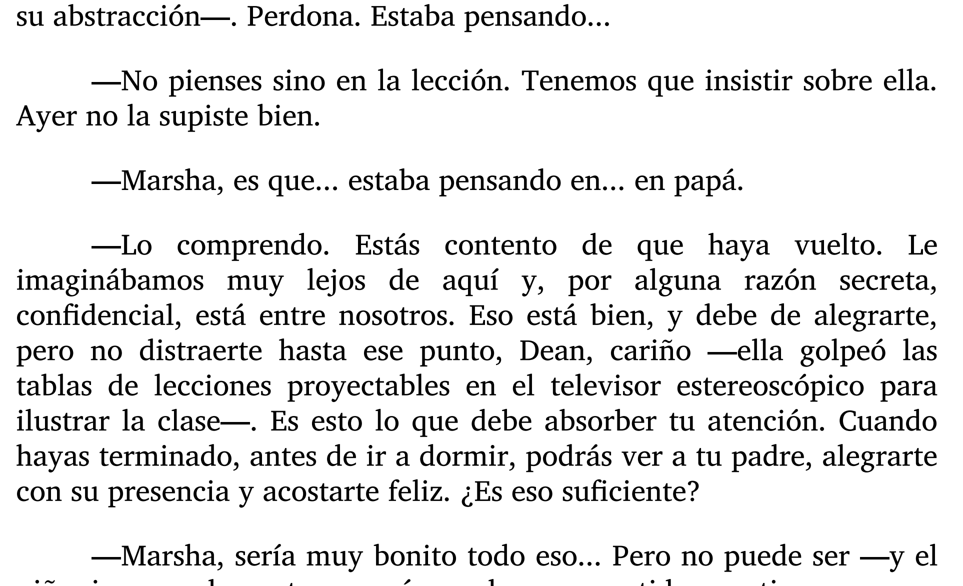
—Lo comprendo, amor mío. Lo comprendo y pienso igual que tú.

Sus labios se buscaron. Se encontraron. Se unieron de nuevo...

* * *

—...Y está comprobado que todo fenómeno de tipo zoológico, tiene su origen en el período en que ciertos animales de su especie, se desplazaron y aclimataron en... —Marsha, levemente enfadada, se detuvo. Miró al pequeño Dean, reprendiéndole—: Dean, ¿no me estás escuchando?

—Oh, sí, Marsha, claro que sí —afirmó el pequeño, saliendo de



su abstracción—. Perdona. Estaba pensando…

—No pienses sino en la lección. Tenemos que insistir sobre ella. Ayer no la supiste bien.

—Marsha, es que… estaba pensando en… en papá.

—Lo comprendo. Estás contento de que haya vuelto. Le imaginábamos muy lejos de aquí y, por alguna razón secreta, confidencial, está entre nosotros. Eso está bien, y debe de alegrarte, pero no distraerte hasta ese punto, Dean, cariño —ella golpeó las tablas de lecciones proyectables en el televisor estereoscópico para ilustrar la clase—. Es esto lo que debe absorber tu atención. Cuando hayas terminado, antes de ir a dormir, podrás ver a tu padre, alegrarte con su presencia y acostarte feliz. ¿Es eso suficiente?

—Marsha, sería muy bonito todo eso… Pero no puede ser —y el niño, inesperadamente, meneó su cabeza en sentido negativo.

—Dean, ¿qué pretendes decirme con eso? —se enfadó Marsha. Su joven cabeza pelirroja se inclinó hacia él—. Todo eso será muy bonito, y será como yo he dicho. O te tendré que castigar otra vez… Y sabes que no me gusta hacerlo.

—Marsha, castígame…, pero no puede ser.

—Pero Dean, ¿qué te ocurre ahora? —se irguió Marsha, con aire de reproche—. Estás portándote muy mal hoy.

—Perdona. Estuve pensando… y eso es lo que me pasó.

—No debiste pensar, distrayéndote del estudio.

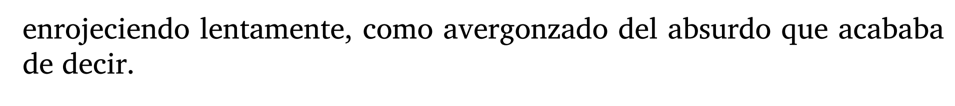
Pero si ocurrió así, bien está. Ahora no dificultes más las cosas y sigamos. O llamaré a tus padres.

—No, Marsha, no lo hagas —pidió Dean, con repentino miedo—. No lo hagas…

—Está bien. Entonces, estudia. Vamos a continuar. Luego pensarás en tu padre.

—No, Marsha —cortó el niño de nuevo, muy pálido—. Ese hombre…, ese hombre no es mi padre.

Hubo un silencio de estupor. Marsha le miró, atónita, sin saber qué responder. Dean Barrow respiró hondo y luego inclinó la cabeza,


enrojeciendo lentamente, como avergonzado del absurdo que acababa de decir.

—Pero Dean, ¿ya estamos con tus tonterías? Eso no tiene sentido.

—Papá está arriba —señaló al techo de la habitación—. En el espacio, Marsha.

—Eso es lo que dice la televisión. Y seguramente nosotros no debemos revelar a nadie la verdad. Pero tu padre está aquí, en casa Tú le viste, como le he visto yo, de eso no hay ninguna duda. ¿Vas ahora a sacar otra discusión tonta?

—No me creerás, Marsha. Tampoco mamá me creería —el niño movió la cabeza en sentido negativo—. Pero no es papá.

— ¡Dean! —ella se incorporó, con un suspiro, dispuesta a cortar la discusión.

—No, no, por favor —rogó el niño—. No les llames. No digas nada. Tengo miedo...

— ¿Miedo de que te riñan por tus fantasías? Tu padre no está en el espacio, sino aquí, en casa. Y eso basta.

—Marsha, yo sé cómo es papá. Yo le conozco bien. Le quiero mucho a papá. No sé lo que pasa, pero ese hombre..., ese hombre es otra persona. Tiene la cara de papá, habla como él..., pero no es él.

—Si vuelves a decir eso, Dean, tendré que avisar a tu padre para que te quite esas ideas de la cabeza. Bien está que fantasees con marcianos verdes y todo eso, pero negar a tu propio padre, Dean... ¿Qué pensará él de todo esto si llega a enterarse?

—Marsha, ya lo he oído —dijo, apacible, fría y risueña, la voz de Austin Barrow, desde la puerta del gabinete—. Dean, desde luego, es un niño muy fantástico e imaginativo... Y eso no es culpa de nadie, sino de su propia cabecita...

Dean miró al hombre que decía ser su padre, que tenía el físico, la voz y los ademanes de su padre. Miró luego a su madre, sorprendida junto a Barrow. Y lanzando un grito agudo y terrible, echó a correr, tratando de salir de la casa, de abandonar a cuantos le rodeaban, como si una oculta y siniestra amenaza, sólo visible para él, pendiera sobre su infantil cabecita.

Aunque Barrow trató de echarle sus manos al cuerpecito enjuto y escurridizo, no logró nada. El niño escapó pasillo adelante. La puerta se abrió ante él y huyó al jardín.

— ¡Dean, ven acá! —gritó su padre, echando a correr en pos suyo—. ¡Ven en seguida!

Le persiguió. Y su madre con él. Y Marsha.

Salieron todos al bien cuidado césped que rodeaba la cerca de madera plastificada del recinto particular. En torno, otros *bungalows* privados mostraban sus luces interiores, y acusaban la presencia de familias en su hogar.

Dean, como alucinado, escapando de un peligro pavoroso que sólo parecía existir en su mente delirante, corría y corría. Pero sus piernas infantiles no podían competir con las largas y elásticas de quien decía ser su padre.

Fue alcanzado, derribado en un *plongeon* perfecto, de jugador de *rugby* experimentado. Eso hubiera disipado las dudas de cualquiera. Austin Barrow, antes de ser cosmonauta, fue jugador de ese deporte. Pero el niño gritó, pataleó, chilló, golpeando rabioso al hombre que lo sujetaba, que parecía ser su padre.

— ¡No, no! —sollozó—. ¡Suélteme, suélteme! ¡Usted no es mi padre, no es él!...

—Dean, hijo, es una locura —murmuraba, excitado, Barrow, tratando de reducirle—. Date cuenta de que vas a provocar una alarma, que la gente acudirá. Y no conviene que me vea nadie aquí, en casa...

— ¡No es mi padre, no lo es! —chilló el pequeño de nuevo, incansable.

Y, de repente, sus manitas infantiles hicieron presa en los cabellos abundantes y rebeldes de Austin Barrow. Los estiró, los agitó... y repentinamente, despegó la perfecta peluca.

Un ovalado cráneo rasurado, extraño, apareció bajo aquel falso cabello, con el rostro de Barrow como una máscara postiza, o poco menos.

Ahora, Nadia Barrow emitió un alarido de horror. Y Marsha otro...

En el instante de sorpresa e indecisión del falso comandante de cosmonautas, el niño Dean se soltó de sus brazos, escapó de nuevo por el jardín…

* * *

El profesor Lester Daniels se volvió sorprendido al general Warrington.

—No lo entiendo —murmuró—. La señal ha cesado. Totalmente.

— ¿Qué? —Warrington se irguió de un salto en su asiento. Miró al profesor, desorientado—. ¿Qué quiso decir con eso, profesor Daniels?

—Hablo de la cápsula «Galaxia». Ha desaparecido de las pantallas.

— ¡Imposible! —aulló el militar, palideciendo.

—Es lo que yo me dije —buscó estérilmente en las pantallas de radio y televisión—. Ni rastro, general. Ni una señal de transmisión. Ni recepción alguna confirmada. Ni señal de vuelo. Nada.

— ¡Una nave no se disuelve en el espacio súbitamente! —rechazó el general, airado.

—Estoy de acuerdo. Pero ésta, sí. Ha desaparecido. Esperemos otros informes de las estaciones de seguimiento —tomó un teléfono azul y llamó a varios puntos del globo, esperando informes nerviosamente. Se mordió el labio inferior. Escuchó. Dio instrucciones en diversos idiomas, desde el español al árabe y colgó. Se quedó mirando al general, lívido. Añadió, breve, cortante—: Confirmado. Nadie sabe dónde está la cápsula «Galaxia». No da señales de vida, general.

— ¡Eso no puede ser! —rugió el militar, corriendo a otro teléfono de la estación de seguimiento de Houston Texas—. ¡Yo la localizaré, sea como sea!

El profesor se encogió de hombros, con escepticismo, contemplando al general, mientras él mismo trataba de hacer algo

eficaz, llamando a otros puntos de la NASA en el mundo, y al propio centro de Cabo Kennedy.

En las pantallas de televisión no había imagen. Los altavoces de transmisión radiofónica estaban silenciosos. Las pantallas de radar y de ondas fotoeléctricas no mostraban sino una negrura intensa, surcada de ondas monocordes e invariables.

El personal de la zona se movía, nervioso e inquieto, de un lado a otro, intercambiando datos, impresiones, dudas y temores.

—Nada —musitó al fin el profesor Daniels, dejando de comunicar con otros lugares del globo—. Ni rastro...

Warrington volvía de su empeño. Su palidez, su tenso rostro, sus ojos vidriosos, no revelaban nada bueno tampoco. Ambos hombres se miraron en silencio. No hicieron falta palabras, pero Warrington utilizó unas pocas muy expresivas:

—Cielos, es como si de repente se hubiera desintegrado. ..

—Peor que eso, general —rechazó Daniels—. Una explosión, un accidente mortal a bordo, se hubiera detectado con precisión. No es eso. Es que, sencillamente, estaba ahí, en un lugar del espacio. Y ya no está... No está, ¿ha entendido?

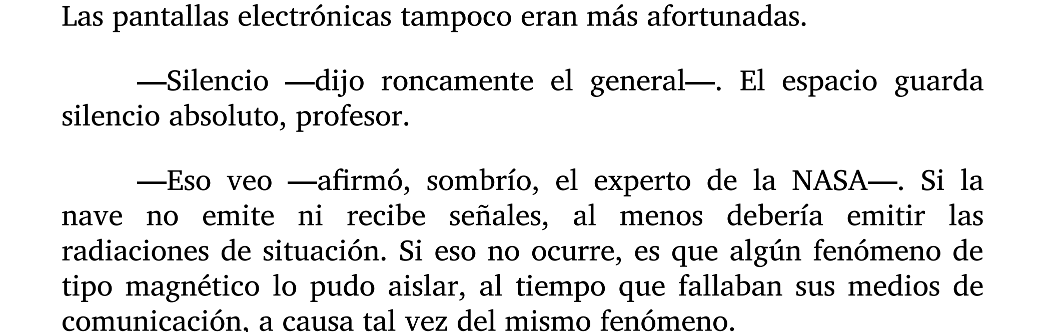
Warrington afirmó, perplejo. Sus ojos fueron a los grandes encerados de cristal donde los expertos iban anotando los detalles del curso de la nave cósmica. Les vio parados, indecisos, trémulos.

—Conviene saber dónde estaba la última vez que fue detectada la nave —dijo, seco, el militar.

—Ya tomamos esa medida, general —mascullό Daniels, irritado —. Pronto nos darán los datos exactos para iniciar la búsqueda. Los radiotelescopios más potentes ya funcionan, por si es posible advertir algo que haya escapado a nuestra percepción y no haya sido acusado por los instrumentos. También los computadores electrónicos están suministrando datos. Esperemos que todo eso dé algún resultado positivo...

No lo dio.

Los datos señalaban la proximidad de la nave desaparecida al planeta Marte y sus dos satélites. Los radiotelescopios dieron informe nulo de la presencia de la nave. No aparecía, ni emitía señal alguna.



Las pantallas electrónicas tampoco eran más afortunadas.

—Silencio —dijo roncamente el general—. El espacio guarda silencio absoluto, profesor.

—Eso veo —afirmó, sombrío, el experto de la NASA—. Si la nave no emite ni recibe señales, al menos debería emitir las radiaciones de situación. Si eso no ocurre, es que algún fenómeno de tipo magnético lo pudo aislar, al tiempo que fallaban sus medios de comunicación, a causa tal vez del mismo fenómeno.

—Eso es pura teoría, profesor.

—Cuando algo falla allá, tan lejos, debemos hablar en teoría. No podemos saber nada, ni comprobar cosa alguna. Se utilizarán los canales de emergencia. Si esos tampoco funcionan, la cosa empezará a ser grave, general.

—Grave..., ¿hasta qué punto?

—Hasta el peor.

— ¿Pudieron morir los astronautas? —Sí, general. Pudieron morir —convino Daniels, con voz sorda.

— ¿Y destruirse la nave?

—Tal vez. Pero sin explosión. Sin emitir radiación alguna. No lo entiendo cómo, pero algo ha tenido que suceder. Y algo muy serio...

—Dios mío, necesitamos saber algo más de todo eso... Son cuatro seres humanos, una misión de millones de dólares... ¡No puede fallar todo!

—Eso es lo extraño. Que no puede fallar todo. Pero eso es, justamente, lo que está sucediendo ahora, general...

Hubo un silencio en la NASA. Un silencio dramático, mientras leves rumores de fondo ponían una nota inquietante en la atmósfera. Alguien se disponía a llamar al presidente de Estados Unidos para informarle del posible desastre

Los ojos todos estaban pendientes de las pantallas mudas, silenciosas, apagadas. Ni imagen, ni sonido, ni siquiera una simple detección electrónica en el vacío sideral. Nada. Como si no existiera la cápsula «Galaxia». Ni sus cuatro ocupantes.

—No había indicio alguno alarmante. Ni una novedad en el vuelo —musitó Daniels, estremecido.

— ¿Qué pudo ser entonces? —se lamentó Warrington, trémulo.

—No sé —el profesor contempló en el muro el gran mapa celeste, con la señal inmóvil, azulada, de la última posición detectada y confirmada, de la cápsula «Galaxia». Ahora esa luz en movimiento permanecía fija. Daniels la miró, como si pudiera desde allí revelarle el gran misterio. Susurró con un escalofrío—: Pero en el espacio distante, más allá de este planeta, general… todo puede suceder. Todo. Incluso aquello que no tiene explicación…

CAPÍTULO IV

Dean Barrow escapaba.

Para ser más exacto, estaba a punto de escapar. Cerca, muy cerca de la valla, de la puerta de salida. Más allá era como si tuviera, en la calzada de la avenida, en sus amplias aceras arboladas, entre *bungalows* y luces, la auténtica salvación al peligro que sólo él había presentido.

Y que, de repente, con la revelación del cráneo coide, rapado y terso del desconocido personaje que parecía ser físicamente el comandante Barrow, se transformó en un peligro real y concreto.

Un peligro que hizo gritar con terror a las dos mujeres.

El falso Barrow se volvió bruscamente. Miró a las dos mujeres con un brillo acerado y perverso en sus ojos, repentinamente crueles y amenazadores. El niño seguía gritando, cerca ya de la salida...

Ante su extraña mirada, tanto Nadia como Marsha parecieron comprender, por fin, que pese a su voz, sus conocimientos de la vida íntima de Barrow, e incluso su físico, salvo el detalle revelador de la peluca, aquel hombre, como dijera el niño, con extraña intuición o instinto de hijo, no era Austin Barrow.

Y las dos mujeres huyeron despavoridas. Nadia, hacia la casa, instintivamente. Marsha, por su propio terror y su angustia por el pequeño, hacia la calzada, hacia la calle, más allá de la cerca, en busca del aterrorizado Dean...

El niño estaba ya salvando la cerca, con agilidad dictada por su pánico. El supuesto Barrow juró entre dientes, furioso, y alzó, su mano. En ella llevaba dos discos centelleantes, como dos monedas de plata de un dólar...

Lanzó una contra el niño. El disco metálico vibró, volando en el aire, en busca del pequeño Dean. Le alcanzó cuando saltaba la cerca...

Hubo un estallido de luz azul, violenta. El cuerpo del niño se agitó con una sacudida deslumbradora, como si recibiera millones de voltios en su cuerpecito indefenso. Luego, con un grito agudo, desgarrador, agitó sus manos, sus piernas y rodó, dando tumbos por la calzada, hasta quedar inmóvil, con sus ropas extrañamente ennegrecidas. Inmóvil como sólo se quedan los cadáveres...

Marsha chilló, con horror, y se dejó caer de bruces, desesperada, tendiendo sus patéticas manos hacia el niño. El falso Barrow, asesino del pequeño un momento antes, giró la cabeza con ira, hacia la casa. Vio por la puerta abierta, la figura de Nadia Barrow, inclinada sobre su fonovisor. Llamaba frenética, acaso a la policía o a la Seguridad Nacional.

El falso Barrow no dudó. Disparó el segundo disco centelleante hacia la casa. La rara moneda zumbó en el aire como un dardo. Alcanzó a Nadia, tras rebotar en un muro. Hubo un chispazo violento, una llamarada azul.

Cuando se disipó, tras ver el cuerpo de Nadia Barrow sacudido por unos espasmos violentos, como calambres de muerte, el cuerpo de ella yacía de bruces junto al quemado visófono. Sus ropas abrasadas eran prueba de que una terrible carga térmica se había abatido sobre la infeliz mujer.

Furioso, el supuesto Barrow buscó ahora a Marsha. La joven había escapado. Durante su ataque a Nadia, tuvo ocasión de incorporarse, de salvar la cerca, de correr, dejando tras de sí el cuerpecito inerme del pequeño Dean, víctima del terrorífico asesino.

Barrow, enfurecido, se lanzó a la carrera por el jardín. Sonaban ya voces alarmadas y ruido de puertas y ventanas en los *bungalows* inmediatos. El extraño ser se apresuró a huir, ocultando su cabeza

lustrosa con ambos brazos en dirección a la alameda.

La calzada hacía una amplia curva cerca de la vivienda de los Barrow. Aun así, llegó a tiempo de ver desaparecer en ella a un turbomóvil gris plateado, que reconoció. Era propiedad de Nadia.

Dentro solamente podía ir Marsha. La aterrorizada Marsha, vecina de los Barrow. Se volvió, frenético. Otro turbomóvil apareció, deslizándose suavemente hasta cerca de él. Asomó el rostro terso y pálido de Tara, con su nimbo de larga melena rubia, platinada. Sus verdes ojos se clavaron en el falso Barrow.

— ¿Qué sucede, Vac? —indagó. Miró al niño inmóvil—. ¿Falló?

—Falló, sí. Ese maldito niño... No sé cómo lo intuyó o descubrió. Me denunció, me quitó el cabello al huir... Tuve que matarlo. También a la madre.

— ¿Entonces...?

—Hay alguien más; una vecina. Marsha. Persíguela. Huye en un turbomóvil plateado.

—Bien. ¿Qué hago cuando la encuentre?

—Mátala. No debe sobrevivir o nos denunciaría. Posiblemente nadie la crea, muertos los familiares de Barrow. Pero vale más asegurarse. ¡Mata, Tara, mata!

—Sí, Vac —afirmó ella, rotunda. Sus ojos brillaron, helados—. Mataré, no lo dudes.

Y proyectó la velocidad máxima del turbomóvil, que partió vertiginosamente en pos de Marsha, la bella vecina de los Barrow.

Cuando la platinada belleza alcanzase a la muchacha fugitiva, nada ni nadie salvaría a ésta de perecer. Tara era tan implacable como Vac cuando recibía la orden de matar.

Y esta vez no iba a ser una excepción.

* * *

Austin Barrow pasó revista a su consciencia.

A su escasa consciencia, para ser exactos. La percibía, cada vez más débil. Como si algo, una mente superior, le dominase por completo. 0 casi.

Era el verdadero. El legítimo Austin Barrow, comandante de vuelo de la NASA. Jefe de la expedición a Júpiter.

No recordaba muchas cosas de sí mismo. Vac le dominaba. Por completo. Poseía su cerebro. No sabía si parcial o totalmente. Sólo sabía que sus pensamientos, sus ideas, sus instintos, le eran ajenos. No era él. No pensaba como él pensó siempre, sino como pensaba otro.

Otro ser llamado Vac.

Vac.

El era Vac. Y al mismo tiempo, algo de él era aún de Austin Barrow, el astronauta, el hombre. Algo. Pero tan poco...

Se estremeció. Muy poco, sí. Sin embargo, había podido controlar su cerebro asesino. Había contrarrestado las órdenes obstinadas y virulentas de aquel «otro» que iba dentro de él, dominador y perverso.

No mató. No mató a nadie.

Los astronautas vivían. Todos. Zakov, North, Van Burén... Todos, sí.

Durante unos minutos estuvieron al filo de la muerte. Sin aire respirable. Sin oxígeno. Sin vida.

Pero luego, de repente, volvió a ser Austin Barrow, siquiera por unos momentos. Sólo para volver el aire respirable al recinto de la cápsula. Sólo para devolver el derecho a la vida, a unos seres vencidos por un sueño profundo, de agonía y de asfixia.

Ni siquiera lo sabían. No sospechaban lo próximos que estuvieron todos a las sombras eternas. Nunca lo sabrían si le era posible evitarlo.

Pero se sentía tan débil, tan cansado... Aquellas ideas penetraban en él, feroces y violentas. Autoritarias, dominadoras. Le exigían actuar como Vac, no como Austin Barrow.

Tenía una vaga idea de... de un intercambio de cerebros. ¿Un... un trasplante? Acaso.

Era aterrador, pero acaso eso lo explicaba todo. La mente de Vac se negaba a dar explicaciones a su escaso y debilitado rincón mental donde conservaba su consciencia parcial, algunos borrosos recuerdos, la convicción de ser Barrow y no Vac, aunque el resto de su cerebro dijera lo contrario.

«Pero un trasplante sería diferente de resultados», pensó en seguida. Un cerebro por otro, le daría a él, a Austin Barrow, en lo físico, la mente de Vac. Y al cuerpo de Vac, el cerebro de Barrow. Sin términos medios. Sin recuerdos ajenos. Sin una lucha interna en el fondo de sus grises células mentales.

Entonces..., ¿qué había sucedido? ¿En qué consistía el intercambio?

Le dolió la cabeza. Agudamente. Como si su propia mente ficticia, la que le era ajena, ordenase que le doliera para evitar reflexiones, preguntas, deducciones...

Se estrujó las sienes con ambas manos. Dominó los dolorosos calambres de su cráneo. Se rehízo, respirando hondo, combatiendo aquel extraño acoso mental que no entendía, pero que sabía iba a terminar por doblegarle al final, aniquilando toda posible reflexión suya, toda defensa de su propio ser, de lo que ya no era..., pero había sido alguna vez antes de aquel horror inexplicable.

El espejo le devolvió una imagen de sí mismo. Su mente le decía que aquél no era su rostro. Y tenía razón. Su mente era casi por completo ajena. Solamente aquel rincón, aquel punto, acaso del cerebelo, donde se alojaban los sentimientos en su más pura expresión, seguía soportando incólume, contra todo lo que pudiera acosarle, procedente del resto de su poderosa mente. De la mente que alguien, diabólicamente, introdujo en su bóveda craneana.

Se tocó la cabeza, el cabello rebelde, oscuro... Nada. Ni una señal. Ni una costura. Si hubo cirugía cerebral, fue prodigiosa. Sin huellas.

¿Sin huellas?

Detuvo sus dedos frente al espejo metálico de la cápsula, sobre su oreja izquierda. Se tocó la pequeña, insignificante cicatriz, en forma de letra V, bajo su lóbulo de la oreja zurda. Una señal casi

inapreciable. Pequeña, angulosa, seca...

Nunca, antes de ahora, tuvo esa V junto al oído. Tocó la cicatriz, leve y rugosa. Le dolió levemente. Su mente no registró emoción alguna. No se alteró.

Quizá era una actitud pasiva de la mente extraña injertada en él. Quizá aquello que regía sus acciones e ideas, sabía bien que la cicatriz angular era importante. Pero se negaría a admitirlo tácitamente. Barrow no hallaría respuesta a ello, como no la encontraba a tantas y tantas cosas...

Se sintió cansado. Miró su reloj.

Era la hora del nuevo relevo. A estas horas todos debían estar muertos a bordo. Todos menos él.

¿Por qué?

No lo sabía. No pudo recordarlo, aunque lo intentó. Su cerebro se negaba a revelarlo. Era un perfecto bloqueo mental. Estaba seguro de que, cuando supo y quiso llevar a cabo la idea de matar, era aquella mente extraña la que mandaba. Después, al recuperar la fuerza parcial de su consciencia propia, luchó contra esa idea. Y luchó con fortuna por lo que se veía. Con mucha fortuna...

Gracias a ello, vivían sus camaradas. Aún vivían, pero ¿cuánto duraría eso? En cualquier otro momento, el fenómeno mental del letargo de su consciencia propia, se repetiría. Sería de nuevo Vac, con la envoltura física de Barrow.

Y mataría.

Mataría a todos los demás, porque era la orden imperiosa que recibía.

No sabía el motivo, ni la razón de todo aquello. Pero lo haría, estaba seguro.

—Dios mío, debo hablarles, revelarles lo que sucede —jadeó, decidido—. Aunque sea lo último que haga en este mundo, y el ser cuyo cerebro porto yo ahora, me aniquile en el acto.

Entonces se dispuso a despertar a sus camaradas, a informarles de todo en un esfuerzo supremo.

Justamente en ese momento, observó los tableros, los mandos, los controles y computadores de a bordo.

Con estupor, se dio cuenta de que nada funcionaba. Todo estaba paralizado, inmóvil. Incluso las comunicaciones, la radio, la televisión, los contactos con la Tierra. Y la nave.

Estaban parados en alguna parte. Quietos, aislados del resto del cosmos.

No era posible que eso sucediera. Pero había ocurrido. Estaba sucediendo.

—Comandante, ¿qué sucede? —fue la pregunta áspera a sus espaldas.

Se volvió. Encaróse con el técnico Van Burén, que le miraba, aturdido.

Austin Barrow se dispuso a contestarle. Con la verdad que él creía. Con lo que él, como Austin Barrow todavía, pensaba de todo aquello.

* * *

Marsha estaba aterrorizada.

Nunca en su vida, antes de ahora, sintió mayor pánico que aquella noche.

Huía. Huía desesperada, sintiendo tras de sí la amenaza invisible de lo insólito, de lo sobrenatural casi.

Había visto morir al pequeño Dean, a Nadia... Y ella, escapando en la noche, huyendo a alguna parte, sin saber siquiera de qué o de quién huía. Solamente convencida de que, en todo momento, el pequeño Barrow tuvo razón. De que aquel ser increíble y demoníaco no era su padre, aunque lo pareciese, aunque la ficción fuese total y perfecta.

Era como una pesadilla, como un abominable relato delirante.

Pero era real. Tremendamente real. Su escapatoria ahora, al volante de aquel plateado turbomóvil, por las pistas elevadas de la gran urbe, escapando de un peligro que ignoraba pero que presentía muy próximo, la llenaba de horror, de seguridad en que todo era tangible, cierto, atrozmente real y cercano…

Tan cercano que le daba escalofríos, con su helado roce de muerte.

Giró la cabeza. Miró atrás, sin disminuir la marcha de su vehículo a turbinas. Sufrió un estremecimiento violento.

Aquel vehículo, aquel otro turbomóvil…

Venía tras ella. En pos suyo. Lo había visto ya anteriormente, en otro nivel urbano. No era casual. No había error. Iba a por ella. La perseguía.

Un instintivo temblor la asaltó. Se mordió el labio inferior, asustada. El retrovisor le devolvió una imagen de sí misma, demudada y con los ojos dilatados por la angustia.

El asesino.

El misterioso ser que parecía ser Austin Barrow, sin serlo. La pesadilla continuaba. Estaba allí. Con ella. O más bien, ella era quien estaba inmersa dentro de un sueño diabólico…, que ni siquiera era un sueño.

Marsha conocía ahora el tremendo y amargo sabor del miedo. Marsha sentía, de un modo físico casi, la imposibilidad material de huir, de evadirse de aquella tela de araña que ni siquiera comprendía. Pero en la que estaba aferrada como un ser indefenso, desde el instante mismo en que supo la verdad, y fue testigo del doble crimen en el hogar de los Barrow.

Ella nada sabía, nada comprendía. Pero él, aquel enigmático ser de falsa identidad, debía temer que ella acudiese a las autoridades, a militares o civiles, informándoles de lo sucedido, diciéndoles que otro comandante Barrow había aparecido extrañamente en la casa con una inverosímil historia, y que su propio hijo fue el único en advertir la falsedad, con esa percepción casi increíble que tienen los niños para ciertas cosas.

—Tengo que huir… —murmuró Marsha para sí—. Tengo que evadirme, ponerme a salvo… y notificar a alguien lo que sucede, lo

que realmente ha ocurrido allí, en el *bungalow*... Tal vez alguien comprenda, alguien sepa por qué sucede todo esto, quién pueda ser ese individuo...

Aceleraba cuanto le era posible la marcha de los motores a turbinas del vehículo lanzado por las pistas aéreas urbanas, sin limitación de velocidad. Pero tras ella, como adherido, como si un gigantesco imán lo mantuviese a distancia inamovible, continuaba el otro turbomóvil, el perseguidor implacable.

El terror de Marsha aumentaba. Sus esfuerzos desesperados por despegarse del enemigo también. Pero todo parecía inútil.

Deslizó el vehículo sobre un cambio de niveles, y bajó como un proyectil, para luego remontar una curva ascendente, sintiendo tras de sí el sibilante sonido de las turbinas a toda potencia. Miró atrás, en una curva cerrada, entre altísimas torres urbanas.

Era inútil.

El otro turbomóvil realizaba las mismas operaciones y maniobras de ella. La persecución no cejaba.

Borrosamente, distinguió al ocupante del vehículo perseguidor. No era el hombre que se hizo pasar por Barrow. A menos que fuese capaz de alterar su aspecto como se le antojara, aparentando ser ahora una mujer. Además, una hermosa mujer, de largo pelo platinado y rostro tan bello como frío.

Descubrió una helada mueca, una mirada implacable de aquellas verdes pupilas, fijas en ella, en su vehículo, casi con malignidad. Su miedo aumentó más si cabe. Ya no era un solo enemigo. Había más. Dos al menos. El hombre de cráneo rapado, y la desconocida platinada.

Eran demasiados adversarios para ella sola. La telaraña se hacía más densa, más tupida.

—Dios mío, ¿podré evadirme, salir de este horror? —gimió, inclinada sobre el volante, logrando hacer describir a su turbomóvil hasta tres curvas cerradas, a gran altura, antes de pasar de un nivel a otro, y descender vertiginosamente por una rampa pronunciada y peligrosa para quien no fuese muy experto conductor.

Volvió a mirar atrás, angustiada.

La bella perseguidora describía iguales curvas audaces con su vehículo, tomaba el cambio de nivel, descendía a tumba abierta... y, de repente, perdía el control de su vehículo. En otro punto de la carrera vertiginosa por las alturas de la gran urbe, eso no hubiera sido grave. Allí, sí.

Ante la mirada dilatada de Marsha, como una repentina esperanza, como un dramático resquicio de salvación, el turbomóvil perseguidor se despistó, brincó en el descenso, volteó al filo de la rampa aérea, salvando sus bordes magnéticos en un choque aparatoso y violento con el pretil metálico.

En espantosa zambullida, centelleante y veloz, el turbomóvil, con la hermosa Tara en su interior, saltó al vacío, descendió dando volteretas, chocó dos veces con edificios y niveles inferiores, para terminar, con un impacto seco y violento, allá al fondo, en un estanque ornamental de la modernísima urbe.

Se elevaron llamas del turbomóvil abatido. El ulular de ambulancias llegó pronto hasta Marsha, que reducía pausadamente su velocidad para descender y curiosear en el punto del siniestro.

El vehículo sufría grandes destrozos.

Y la ambulancia, al llegar al teatro del accidente, retiró del interior un cuerpo ensangrentado, el de la rubia platinada, de quien Marsha no pudo saber si estaba aún con vida o era cadáver. Ni quiso aproximarse demasiado al lugar para averiguarlo. Se limitó a presenciar la escena, como otros testigos casuales de la misma, asomada a la ventanilla de su vehículo. La ambulancia partió en la noche, y Marsha, con el alivio súbito de sentirse a salvo, siquiera fuese de momento, sin nadie tras de sus pasos, se deslizó ahora suavemente, con lentitud, a través de los niveles ciudadanos.

Todavía asustada. Sin pensar en regresar a su vivienda, que el asesino de los Barrow podía estar vigilando, a la espera de su regreso, si sabía quién era ella, como pareció saberlo muy bien cuando entró en la vivienda, fingiendo ser el comandante.

Marsha miró atrás, con un estremecimiento. No vio nada ni a nadie. Respiró con alivio. Eso, al menos, ya era algo. Mucho más de lo que hubiera podido esperar sólo unos minutos antes.

CAPÍTULO V

«Últimas informaciones.

La cápsula especial «Galaxia», tripulada por el comandante Austin Barrow, el doctor Ray North, el astronauta soviético Dimitri Zakov y el experto en Cibernética, Alf van Burén, se da oficialmente por perdida.

La NASA lamenta informar de esto al país, y confía aún en obtener noticias del paradero de la nave espacial y de sus tripulantes.

Los motivos de la pérdida de la cápsula son desconocidos aún en los centros de control. Se está investigando lo ocurrido, sin que de momento exista versión oficial alguna de los hechos.

Se transmitirán nuevos boletines a medida que se sigan recogiendo datos.»

Fue todo lo que transmitió el boletín de noticias en las grandes pantallas públicas de televisión informativa.

Vac, ceñudo, pero con una cierta sombra de sonrisa en sus labios, escuchó la información. Sus ojos color ámbar, profundos y fríos, parecieron iluminarse un instante.

—Perfecto —murmuró—. Todo funciona bien. Salvo mi visita a casa de los Barrow, no ha habido fallo alguno...

Trató de establecer comunicación con Tara, sin conseguirlo. Le preocupó, pero su rostro no reveló emoción alguna. Pensó en Marsha. Tal vez Tara estaba tras ella aún. Aquella vecina de los Barrow era peligrosa. Había visto demasiado. Informaría a las autoridades. Claro

que podrían dudar de sus facultades mentales, si aseguraba haber visto al perdido comandante en su casa. Pero las muertes de Nadia y del niño Dean, podrían confirmar en parte sus afirmaciones ante las autoridades.

No convenía que nadie se fijara demasiado en que sucedía algo raro en torno a Austin Barrow. Todo debía terminar oficialmente con la inexplicable pérdida de la nave especial. Cuanto saliera de ahí, se convertiría en algo sumamente peligroso para sus planes.

Vac hizo funcionar su nuevo cerebro, los recuerdos y las ideas del propio Barrow, cuya mente poseía. No le fue difícil así identificar a Marsha y sus lugares habituales de permanencia, su vivienda y demás datos.

Eso era suficiente. Si Tara se retrasaba más, iría personalmente a casa de Marsha. Se ocuparía de ella. Sería rápido. La muchacha no iba a crearle problemas. Cuando menos no esperaba que lo hiciese.

Después…, después sería el momento de dedicarse al punto crucial del asunto.

Y ese punto era Austin Barrow, naturalmente. El y la cápsula espacial «Galaxia», perdida en su viaje a Júpiter, dentro del Proyecto Centauro.

El siguiente boletín de noticias, sin embargo, fue bastante menos tranquilizador para el hombre que poseía el cerebro de Austin Barrow:

«En accidentes ocurridos esta noche en la ciudad, una mujer sin identificar, cuyas fotocopias verán en la pantalla inmediatamente, ha sufrido un gravísimo accidente de turbomóvil, circulando a gran velocidad, y se encuentra gravísima, hospitalizada en el Centro Urbano de Sanidad.

Igualmente en dicho Centro, ha sido hospitalizado, víctima de una extraña agresión mortífera, el niño Dean Barrow, hijo del desaparecido comandante Austin Barrow, con lesiones y quemaduras muy graves de tipo térmico, que amenazan su vida, pero que no lograron extinguirla totalmente, mientras su madre, Nadia Barrow, esposa del valeroso astronauta, no tuvo tanta fortuna, y falleció víctima de las mismas lesiones. Se investiga el asunto por si se trata de un accidente o un atentado cometido por persona o personas desconocidas.»

Vac se mostró irritado súbitamente. Dean Barrow vivía. El niño

había salido sorprendentemente bien del atentado. Eso era más peligroso aún, unido al accidente de Tara, cuya fotocopia identificó en el acto Vac al aparecer en pantalla. Eso quería decir que también Marsha estaba libre y a salvo.

Dos testigos. Dos personas que provocarían la atención oficial de la policía militar y de la Seguridad Nacional, centrándose las investigaciones en Austin Barrow y la nave desaparecida.

Eso no era conveniente en absoluto para Vac. Preocupado, se acomodó, a reflexionar, con la mente de Barrow aletargada, dejando que funcionara la parte del cerebro de Vac que aún sobrevivía dentro de su cráneo.

—Tengo que hacerlo yo —musitó—. Ocuparme de los dos. El niño y ella. Deben morir. O ser destruidos de alguna forma urgente y eficaz que no cause escándalo...

Vac se concentró, entornados sus ojos. Lentamente, sonrió.

—Iré al Centro Urbano de Sanidad —se dijo, reflexivo—. Y allí lo resolveré...

Se puso en pie. Echó a andar sin prisas hacia la salida.

Ahora sabía lo que tenía que hacer para deshacerse definitivamente de Marsha y del niño de Barrow. Lo sabía. Y lo iba a hacer. Inmediatamente.

* * *

—No le entiendo bien, comandante —confesó perplejo Van Burén, mirándole como si estuviera loco—. ¿Por qué pensó usted... en matarnos, en destruirnos?

—Ya se lo he dicho. Mi mente —se tocó la cabeza—. Aquí dentro está la clave de todo. Sé que mi cerebro es el de alguien llamado Vac, no el mío.

— ¡Pero eso es imposible! —protestó el técnico en electrónica—. Además, aunque se hubiera realizado ese fantástico trasplante... usted pensaría como Vac solamente. No como usted mismo y como ese

personaje misterioso a la vez.

—Lo sé. No lo entiendo, ni trato de explicárselo. Es como si hubiera recibido sólo una parte de ese cerebro extraño. La más fuerte, eso sí. Y es como si al manejar ese Vac, donde quiera que esté ahora, su propia mente, se aletargase la que me injertó a mí, y yo pudiera pensar por mí mismo, aunque débilmente. Sé que en otro cerebro, que es realmente el mío, están ahora mis recuerdos, mis afectos, mis sentimientos todos. Y me aterra pensar lo que hará ese alguien con todo cuanto sabe de mí, de mi vida interior, de mis conocimientos en cualquier aspecto humano, profesional o técnico.

—Comandante, si no fuera usted quien me lo dice seriamente, pensaría que está ebrio... o que este viaje trastornó sus facultades mentales...

—Piense lo que quiera. Tiene derecho a ello, Van Burén. Yo mismo creo enloquecer al darme cuenta del monstruoso trance por el que estoy pasando. Es todo tan inexplicable, tan absurdo, tan... imposible, incluso. Pero está sucediéndome. Y eso es lo atroz, amigo mío. Eso es lo espantoso.

—Y por otro lado… inmóviles en alguna parte. Perdidos en el espacio —mascullo Van Burén, mirando al exterior—. Sin comunicación con la Tierra, sin poder transmitir mensaje alguno... Es para enloquecer, comandante.

—Ahora habrá que contárselo a ellos —señaló a Zakov y a North, que dormían aún, en su turno de reposo—. Y entre todos, ver de hacer algo. Vigílenme, Van Burén. Actúen contra mí si ven que soy un peligro para ustedes o para la nave...

—Será difícil hacerlo, señor.

—Es una orden. Háganlo. Con todas sus consecuencias —ordenó tajante el astronauta.

—Sí, señor —suspiró Van Burén, aturdido.

En la cámara de la cabina espacial se hizo un difícil silencio. Alf van Burén no acababa de comprender demasiado bien lo que ocurría, pese a sus conocimientos de Cibernética. El sabía que no existían aún cerebros electrónicos capaces de absorber una mente humana o de alterarla y cambiarla. En ese sentido, la electrónica no podía ser el motivo de la alteración mental de su jefe a bordo. Pero evidentemente, Austin Barrow no era el mismo que saliera del planeta

Tierra con ellos. En modo alguno. Y él sabía que Barrow era uno de los funcionarios más equilibrados y sensatos de la NASA. Por ello había sido elegido para formar parte del peligroso Proyecto Centauro, con su grado de comandante.

Aquella V especial en el cuello de Barrow, parecía indicar una cirugía que era más bien una «supercirugía». Esa era la más clara pista de la presencia de un factor anormal en el cerebro de Barrow. Pero, ¿qué clase de factor?

Ese era el gran enigma. Y un enigma inquietante, de consecuencias gravísimas para todo. Y para todos.

—Un ser llamado Vac… —recitó sordamente Van Burén, reflexivo—. Un ser… ¿humano, comandante?

—Claro —se sorprendió Austin—. Supongo que sí. No voy a tener una mente… extraña.

—Es que pensé en… en alguna especie ajena a nosotros, señor. Una fantasía tal vez. Sólo que el simple hecho de cambiarse un cerebro ya es fantástico también, mientras no se pruebe que ello es factible en el terreno científico.

—Estoy conforme, Van Burén —aceptó sombrío Barrow. Se tocó las sienes, confuso y como asustado. Sus ojos brillaron, medrosos, inquietos—. No sé… Noto actividad lejana en algunas células de mi cerebro…

— ¿Qué cree usted que pueda ser, comandante? —Algo… algo lejano y agudo… Posiblemente las ideas de… de él. -¿Vac?

—Sí, sí… —se esforzó Barrow, hasta el punto de ponerse tensa su piel, hincharse las venas de sus sienes, brillar sus ojos como brasas febriles, fijas en un punto inexistente del estrecho espacio que les rodeaba en la circular cabina de metal y materias plásticas antitérmicas—. Vac en alguna parte… Piensa algo intenso, muy intenso… Con fuerza, sin duda. Mis propias neuronas captan esos reflejos lejanos de su mente, que ahora es, en gran parte, la mía propia… Oh, Dios, qué extraña confusión, qué horrible laberinto inextricable de ideas, Van Burén, amigo mío…

Y se estrujó las sienes, furiosamente, enrojecido el semblante, convulso su cuerpo. Van Burén no supo qué hacer. Miró, angustiado, a los dos hombres que, con expresión sorprendida, indecisa, se movían hacia ellos en el angosto y reducido mundo de su cápsula sideral,

perdida en el Cosmos en ruta hacia Júpiter.

— ¿Qué le ocurre al comandante, Alf? —se interesó el astronauta ruso Dimitri Zakov—. ¿Está enfermo acaso?

— ¿Enfermo? —Van Burén se encogió de hombros. Suspiró profundamente—. No sé... No sabría deciros... Lo único cierto es que si el comandante Barrow está enfermo... ésta es la más extraña y terrible enfermedad que jamás vi...

* * *

Vac atravesó la puerta de la gran residencia sanitaria.

Podía hacerlo impunemente, pese a los complicados registros automáticos que manejaba la computadora central de control en el Centro Urbano de Sanidad. Porque su poderosa mente, en la parte que correspondía al propio Vac, había captado los circuitos apropiados, falseando las tarjetas metalizadas con sus perforaciones y sus claves exactas.

Así, la entrada de Vac en el amplio recinto sanitario, fue como la de un médico más de cualquiera de sus diversos y complejos pabellones. La tarjeta de control y acceso, era la adecuada para ello. La computadora dio por buena su identidad falseada. A fin de cuentas, si los humanos nunca fueron perfectos, las máquinas eran su obra. Resultaba lógico que tampoco ellas fuesen perfectas. Y no lo eran. El error era posible, incluso en la más compleja, minuciosa y perfeccionada de las máquinas.

Así, Vac entró en el Centro Urbano de Sanidad. Y se encaminó al pabellón de traumatología del gran recinto.

Allí estaban hospitalizados los dos. Dean Barrow, el pequeño hijo del astronauta. Y Tara, su platinada compañera.

Le hubiera gustado también tener a mano a la otra muchacha, a Marsha, la vecina de los Barrow. Pero tanta fortuna no era posible. Bastaría, por el momento, con el niño y con Tara. Esta última padecía lesiones graves. El niño también. Ambos le estorbaban.

Tara podía hablar en su estado actual. Una droga inoportuna, un

interrogatorio bajo efectos sedantes de sus bien entrenados nervios y su frío y metódico cerebro, unido al natural *shock* producido por el accidente en la persecución de Marsha, era posible que significaran la revelación de una serie de secretos que no convenía llegasen a conocimiento de las autoridades de la ciudad. En modo alguno. No, aún. No era el momento.

En cuanto al niño, insistiría en que vio a un Austin Barrow que no era Austin Barrow. Eso, unido a la desaparición de la cápsula espacial en su viaje por el sistema solar, podía dar una pista a la NASA, a la Seguridad Nacional y provocar la actuación de sistemas de investigación, manejo de fichas, de datos, de computadoras. De todo ello podían surgir informes peligrosos para el éxito de su misión.

Vac iba a terminar con todo eso. Su idea era sencilla. Y primaria. Matar.

La muerte era el modo directo y rápido de terminar con los humanos peligrosos. La humanidad utilizaba esos procedimientos desde que el mundo era mundo, y nadie se escandalizaba nunca demasiado por ello. Esta sería una de tantas veces en que el fin justificaría los medios.

Matar era cómodo, directo, simple. Y eficaz. Sobre todo, eficaz.

Matar a un niño enfermo, malherido, y a una mujer acaso moribunda, no encerraba problema alguno para nadie. Cuanto menos para él. Para Vac, que era muy superior a todos los demás seres vulgares con quienes, indiferente, se cruzaba en los amplios corredores asépticos del gran recinto sanitario.

En su bolsillo llevaba el arma letal. Un arma silenciosa y rápida, capaz de matar. Poseía consigo otras armas igualmente rápidas y silentes, capaces de reducir a una persona, pero en esta ocasión no se trataba de someter a nadie, sino de matar.

Vac nunca retrocedía ante la idea de la aniquilación. Formaba parte de su concepto de las cosas y de los seres. Todo lo inútil se destruye. Era su lema, su credo, su sistema, frío y despiadado. Y le iba bien con él.

Los helados ojos ambarinos, bajo el cráneo rapado, que otra peluca disimulaba, con facciones distintas, moldeadas tras una nueva inyección plástica moldeable, estudiaban cada puerta, cada acceso a las diversas secciones del pabellón de traumatología.

Tuvo suerte. Mucha suerte.

Repentinamente, se ocultó tras una amplia columna de vidrio plástico. Lo hizo muy a tiempo, aunque ella posiblemente no hubiera sido capaz de reconocerle.

Era ella. Ella. Marsha.

La bonita vecina de los Barrow. La mujer perseguida. La que Tara no llegó a destruir. Marsha en persona...

Pasó de largo junto a la columna que protegía a su enemigo mortal. Los ojos de Vac, fulguraron, malignos. Los fríos labios moldearon una gélida sonrisa de complacencia y de cálculo sereno y desapasionado.

La vio detenerse a poca distancia de él, apenas a unas yardas. Y preguntar a una enfermera de servicio en una centralilla:

—Soy Marsha Ross. Vengo a ver a Dean Barrow. Creo que está en esta zona...

— ¿Dean Barrow? —La enfermera consultó un tablero magnético. Asintió, tras una ojeada a la tarjeta especia de control de la visitante, con permiso superior para visitas—. Está en el departamento K-37, sección infantil.

—Gracias —sonrió Marsha. Luego, vaciló—. También hay otra persona aquí, una mujer de pelo platinado, que sufrió un accidente de turbomóvil...

—Oh, sí, la chica del pelo de plata... —afirmó la enfermera, interesada—. Se han emitido fotocopias por televisión. ¿La conoce? La policía está interesada en su identificación.

—Temo no poderles ser muy útil, pero vi esa fotocopia y creí poderla identificar. Se parece a alguien, aunque no estoy muy segura... —mintió serenamente Marsha.

—Bien, en ese caso pregunte por el doctor Melsh, de la sección 60, adultos. Creo que tiene a la mujer desconocida en uno de los compartimientos suyos, casi seguro en el R-16.

—Lo recordaré, gracias —suspiró Marsha, alejándose hacia la zona infantil.

—Es astuta... —reflexionó Vac, tenso—. Marsha es muy astuta, sí... La mente de Barrow así me lo indica. Es bonita también. Muy bonita. Es lo que Barrow pensaba de ella. De no existir Nadia. Marsha hubiera sido su esposa. Pero la conoció tarde. Cuando ya eran marido y mujer Nadia y él. Apartó esa idea automáticamente de su cerebro por pura honestidad. Y por afecto y respeto a su mujer... ¡Es estúpido! Leer las ideas de algunos seres resulta desolador, decepcionante... Barrow es demasiado vulgar en sus afectos hacia el sexo opuesto, para ser tan brillante astronauta y tecnólogo... No lo entiendo. Nunca entenderé a las personas mediocres, que aman y respetan a sus semejantes... Es ridículo. Ridículo y poco práctico... Pero esa chica, con sus preguntas, me ha dado el mejor de los datos. Primero visitaré a Tara. La mataré. En un momento. Luego..., luego iré a por el niño y a por Marsha...

Y, decidido, buscó la sección 60, adultos.

Ya en ella, el compartimiento individual R-16.

Allí estaba Tara. Luchando por sobrevivir. Cuando él entrara en su cámara, esa lucha terminaría de modo definitivo. Con la muerte, por supuesto. La muerte para Tara, que no había sabido cumplir una misión, y que ahora constituía un peligro en manos de la policía.

CAPÍTULO VI

El silencio era su compañero.

Un silencio cósmico, eterno casi. Infinito como la negrura del espacio, visible por las aberturas encristaladas herméticamente, allí dentro, en la cabina de la cápsula «Galaxia».

El silencio del horror. De la incredulidad. De la angustia y, casi, casi… del pánico.

Pánico a lo desconocido. Pánico a sí mismos, a lo extraño de aquel tenso clima interno, producido entre ellos tres, después de las revelaciones alucinantes de su jefe y comandante de vuelo.

—Imposible… —susurró Ray North—. No puedo. No puedo admitirlo…

—Resulta aterrador, increíble —murmuró a su vez el soviético —. Pero debemos creerle. El comandante no mentiría en una situación así. No existen mentiras de ese tipo.

—Usted lo ha dicho, Zakov —musitó amargamente Barrow—. No existen mentiras así. Estas cosas o son ciertas o no, nunca se inventan.

—Pero entonces... usted... no es usted —señaló North, estremecido.

—No lo sé —confesó con desesperación Austin Barrow—. Usted, North, es biólogo, psicólogo y todo eso. Dice que conoce a los humanos, que desentraña su mente... Trate de aclarar mi caso, por favor.

—Es que resultaría imposible, señor. Eso..., eso... no es humano.

— ¿No? Mi mente sigue siéndolo —se tocó Barrow con ira—. Y yo también. Pienso como un humano. Incluso cuando soy el otro. Solamente que pienso con frialdad, con terrible y feroz ausencia de piedad, de comprensión, de ternura. Y deseo matar. Matar a todos. Destruir esta nave, acabar con el Proyecto Centauro...

—Pero, ¿por qué, comandante? —preguntó North vivamente—. ¿Por qué?

—No lo sé —jadeó Barrow—. No sé nada de nada, amigo mío. Sólo sé que debo hacerlo. Sé que soy Vac, y que todo esto debe fracasar: el Proyecto Centauro, el proyectil «Tempest», el vuelo y regreso de la cápsula «Galaxia» en su largo viaje a Júpiter...

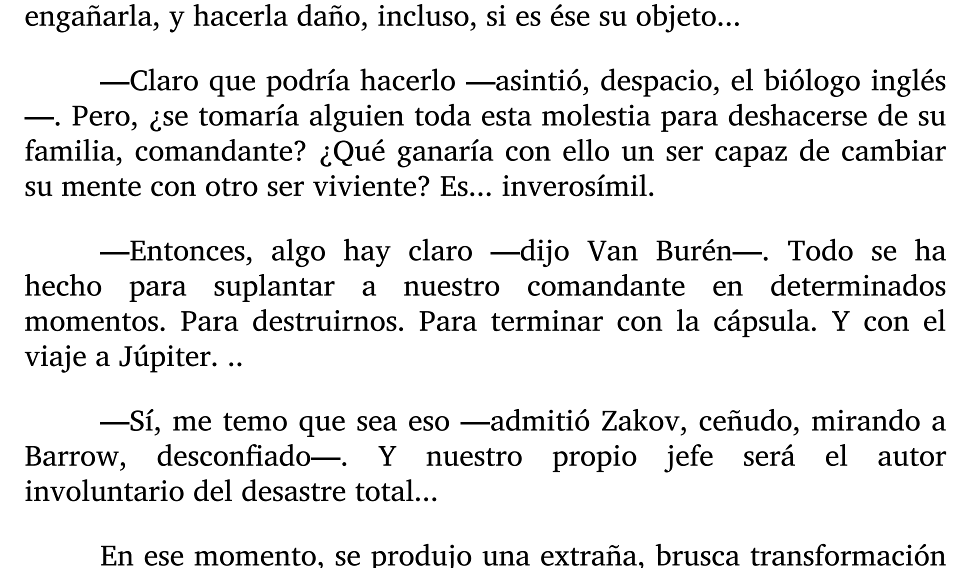
—Sí, pero, ¿qué razón mueve a ese lejano y desconocido Vac a desear tal fin? Medite sobre eso, comandante. Puede hacerlo, mientras la otra mente no bloquee lo que resta de la suya propia. ¿O no?

—Tal vez sí, pero muy débilmente... Tanto, que no sé lo que hago, ni por qué lo hago. Es *él* quien manda, quien me controla. .Algo horrible. Soy yo, sin serlo. Me pregunto: ¿Quién es él, mientras me ocurre esto a mí? ¿Usa mi propio cerebro para algo, esté donde esté ahora?

—Es evidente que sí —terció fríamente Dimitri Zakov, dibujando, mecánicamente, en un papel—.

Un intercambio. Una mente por otra. O cirugía mental en forma parcial, o radiaciones, o algo que no entendemos. Sea lo que sea, usted le presta a un ser llamado Vac su mente de astronauta, Barrow. Y él, a cambio, le cede la suya. ¿Motivo del intercambio? Obviamente, sólo dos. O ser él Barrow..., o ser usted Vac.

—No veo la respuesta... —gimió Austin. Aterrado, se irguió, mirando con pavor al astronauta ruso—. Pero si eso fuese cierto..., si Vac desea ser yo mismo..., podría... podría ir a mi propia familia... Y



engañarla, y hacerla daño, incluso, si es ése su objeto...

—Claro que podría hacerlo —asintió, despacio, el biólogo inglés —. Pero, ¿se tomaría alguien toda esta molestia para deshacerse de su familia, comandante? ¿Qué ganaría con ello un ser capaz de cambiar su mente con otro ser viviente? Es... inverosímil.

—Entonces, algo hay claro —dijo Van Burén—. Todo se ha hecho para suplantar a nuestro comandante en determinados momentos. Para destruirnos. Para terminar con la cápsula. Y con el viaje a Júpiter. ..

—Sí, me temo que sea eso —admitió Zakov, ceñudo, mirando a Barrow, desconfiado—. Y nuestro propio jefe será el autor involuntario del desastre total...

En ese momento, se produjo una extraña, brusca transformación en Barrow. Su rostro se alteró de modo profundo. Se estiró, sombrío, hermético. Sus ojos brillaron, agudos y fríos, como simples agujas de hielo punzante. Su mano, rápida, inesperada, voló a un arma. A una peligrosa arma térmico-corrosiva, que esgrimió, apuntando a sus camaradas de vuelo espacial con decisión implacable.

—Ya basta —cortó, acerado su tono—. Deben morir. Todos. Ahora mismo.

—Cielos... —North tragó saliva. Pálido, dio un paso atrás—. Me temo..., me temo que vuelve a ser Vac. Y *él* sabe ahora que nosotros conocemos su presencia *mental* dentro del cráneo de nuestro comandante...

—Sí —afirmó la voz de Barrow, aunque, sin duda, controlada y dirigida por otra mente—. Lo sé. Vac lo sabe todo. Ustedes me estorban. Son mentes rutinarias, grises, sin ninguna clase de relieve. Un vulgar psicólogo y biólogo, un astronauta mediocre, un cibernético de mediana calidad... Nada. Prácticamente, nada. No me sirven. Sólo sirvo yo. *Yo,* ¿entienden?

—Pero, ¿quién de los dos? ¿Vac... o Barrow? —indagó Zakov, agresivo.

—Los dos —rió la voz de Austin Barrow—. Los dos. Hacen falta cerebros. Son necesarios para alimentarle, y eso ustedes nunca lo entenderían...

—*Alimentarle...* ¿A quién? —masculló Van Burén, lívido.

—A él. Al Supercerebro…

—El Supercerebro… ¿Alimentado *con cerebros humanos?* —se estremeció North, tragando saliva, horrorizado.

—Sí —rió de nuevo aquel Barrow, alterado, que ni siquiera pensaba como él, sino como otro hombre—. Eso es. Usted entendió, North. Entendió algo, aunque no todo… Ahora, terminemos esta ridícula farsa. Tengo cosas que hacer en la Tierra. Cosas que Vac *está haciendo ahora,* y en las que precisa mi propia fuerza mental para llevar a buen fin… La mente de Barrow solamente, no sirve. Reaccionaría de modo sensiblero y absurdo. No es válida… No. Debo volver. Mi cerebro precisa regresar. Pero cuando haya terminado con todos ustedes. Aquí mismo. Va a ser fácil. Muy fácil.

—Vac, usted es Vac —silabeó el ruso—. No sabe lo que dice. Sin el comandante, no irá a parte alguna. Y sin nosotros, tampoco. Barrow nos necesita vivos, no muertos. Esta cápsula…

—Esta cápsula no necesita ya a nadie —se echó a reír vivamente Vac, con la voz y el físico de Barrow, controlado ahora totalmente por su *otro* cerebro—. ¿Es que ni siquiera se dieron cuenta de que sus instrumentos de a bordo no funcionan, que sus controles están parados, que sus señales de radio no actúan, que no pueden emitir ni recibir mensajes?

—Los mensajes… —Van Burén consultó los cuadros electrónicos, preocupado—. Cierto. Todo eso es verdad. Estamos solos, no emitimos, no nos movemos guiados por nuestros motores fotónicos… ¿Qué sucede a bordo?

—Sucede lo que yo decidí, señores. Se han perdido en el espacio. Para siempre. No puede detectarles nadie. No saben dónde están. La NASA, la Tierra toda…, ha perdido a la cápsula «Galaxia», y lo sabe.

North, Zakov, Van Burén, consultaron frenéticos los cuadros de información, pulsaron algunos resortes. Vac-Barrow les dejó actuar, con irónica pasividad, dueño de sí y de la situación.

—Es cierto —gimió Zakov—. Nos movemos débilmente, pero envueltos en algo… Algo que impide entrar y salir las ondas de comunicación radiotelevisivas. Temo que ni siquiera nos detecten los radiotelescopios o los sistemas de control remoto….

—Muy verdad, amigo mío —admitió el extraño ser de doble cerebro, a quien el físico de Barrow servía de envoltura—. Nadie

puede detectarles. Una burbuja invisible, magnética y aislante los separa del resto del Universo. Nadie en el Cosmos puede oírles ni controlarles en este momento. Nadie..., excepto CYBERN.

— ¿CYBERN? —repitió Van Burén, aturdido—. Me suena a Cibernética...

—CYBERN es algo más que Cibernética pura —rechazó desdeñoso Vac—. La Cibernética, la Electrónica, nunca dispuso de otro cerebro que el creado por el hombre: cables, conexiones, válvulas, complicados circuitos, sistemas de grabación, de archivo, de acumulación de datos... Mecánica. Pura tecnología, fría y deshumanizada. CYBERN es más. Mucho más, Van Burén.

— ¿Tanto cómo qué? —quiso saber Zakov, ceñudo.

—Tanto como un mundo propio, un lugar en el espacio... hecho de Electrónica y de poder sobrehumano. Hecho de Cibernética... y de un Supercerebro. La unión ideal que nunca existió, señores. Lo que puede dominar no sólo al mundo, sino al Universo entero. A la Creación toda. Y esto es sólo el principio,..

— ¿Usted es el Supercerebro, Vac? —dudó North, el biólogo inglés.

— ¿Yo? Oh, no, no —soltó una agria carcajada despectiva—. Yo soy un simple siervo del Supercerebro. Un vulgar auxiliar. Cumplo órdenes. Ordenes inexorables, que nadie puede desobedecer aunque quiera. En CYBERN no hay rebeldes ni enemigos del Supercerebro. No puede haberlos. No los hay ni los habrá jamás.

—Pero ese lugar maldito..., ¿dónde diablos está? —se enfureció Van Burén.

—Ahí, muy cerca —sonrió Vac-Barrow, señalando hacia las vidrieras con su arma térmica—. En un lugar del espacio hacia el que nos dirigimos ahora, sin ser detectados, ni visibles siquiera, por telescopio alguno, debido a la eliminación de radiaciones luminosas por absorción.

Luego, Vac-Barrow tuvo un gesto desdeñoso cuando Zakov trató de manejar los mandos de la pequeña nave perdida en el infinito océano del vacío sideral.

—Perfectamente inútil —rió, sarcástico—. No podrá alterar el rumbo ni cambiar la marcha de esta nave. Ustedes, ahora, no pueden

advertirlo. Pero la burbuja magnética nos introdujo en otras normas físicas diferentes a las que hasta ahora fueron válidas para el hombre. No pueden advertirlo sus pobres ojos, habituados a lo mediocre y limitado de la percepción humana, sin alardes extrasensoriales. Como Barrow tampoco lo apreciaría físicamente, de no estar controlado su miserable cuerpo por mí, por mi cerebro poderoso y superior… Pero aunque no puedan advertirlo, estamos viajando a velocidad fabulosa, que jamás se podrá alcanzar ni con motores iónicos en el futuro. Tal velocidad que Júpiter, su soñado y remoto destino, estará pronto ante nosotros…

— ¡Júpiter! —jadeó Zakov, contemplando con pavor la negrura infinita del vacío cósmico y sus remotas estrellas, que parecían inmóviles en el Cosmos—. ¿Qué clase de energía…?

—Una desconocida, que contiene la burbuja magnética que nos transporta, absorbidos por el cuerpo de CYBERN… Un cuerpo metálico, que todos creen satélite natural de Júpiter… y es puramente artificial. Obra maestra del Supercerebro…

—Un satélite de Júpiter… —susurró Van Burén—. De modo que era por eso. Había que evitar que llegáramos tan lejos… para no descubrir que un satélite… era CYBERN, y no el cuerpo celeste jupiteriano, Europa, Ganimedes, Amaltea, o bien el J-X, el J-XII o el lejano J-IX… (1)

—No, no. Ninguno de ellos. Esos satélites aceptados por la Astronomía, en número de doce, son los naturales del gran planeta… Hay un decimotercer satélite…, y a ese J-XIII, recién descubierto por los astrónomos, es adonde nos dirigimos. Que no es un cuerpo celeste natural, sino… CYBERN, el mundo del Supercerebro.

— ¿Por qué no llevarnos, entonces, allá? —gimió

Van Burén, muy pálido—. ¿No podemos ser útiles en vida, en modo alguno?

—No, en absoluto —sonrió Vac-Barrow—. Pero no teman. Les voy a aniquilar físicamente *ahora.* Sólo sus pobres, mediocres cerebros, sobrevivirán. Para alimentar, cuando menos, a algunas fuerzas motrices secundarias de nuestro Supercerebro…

Y tras una risa suave, en vez de utilizar el arma térmica, mortal y terrible, su mano izquierda emergió, empuñando una cápsula como de vidrio de color gris metal, que estrelló sobre el suelo.

Hubo una llamarada violácea intensa, una humareda transparente, sutil, verdosa... Y los tres hombres rodaron inconscientes, como abatidos por un gas letal. Sin exhalar siquiera un gemido, rígidos y envarados. Sus cuerpos sonaron secamente en el suelo de la cápsula espacial.

Barrow, ocupado mentalmente por Vac, contempló frío, indiferente, a sus tres camaradas del espacio, convertidos en aparentes cadáveres.

Luego, una cruel sonrisa crispó sus facciones. Sus palabras fueron malignas, complacidas:

(1) Recuérdese que, astronómicamente, los numerosos satélites de Júpiter —doce —, reciben, aparte cinco de ellos, un simple número de orden, unido a la inicial J.

—Cuando estemos en CYBERN..., el Supercerebro recibirá cuanto necesita. Sobre todo, la mente que él desea... La mente del hombre cuyo cuerpo ocupo yo ahora—... ¡El cerebro de Austin Barrow!...

CAPÍTULO VII

Tara murió en un instante.

Apenas si se dio cuenta de lo que sucedía. Cuando quiso comprenderlo, era tarde. Ya estaba muerta. Asesinada por su mejor

amigo, jefe y aliado. Por Vac en persona.

Vac no hizo mucho ruido para ello. A la mirada de esperanza, débil y aturdida, de la platinada hermosura, respondió con una mueca en su hermético rostro. Después… utilizó el arma mortal. Bastó un simple movimiento de su mano.

Un disco azul, de luz vibrátil, cayó sobre el lecho. Tara entendió. Gritó agudamente, pero su voz se ahogó casi, al empezar a destellar violentamente el disco luminiscente. Y con un chispazo súbito…, Tara se convirtió en una forma incandescente, luminosa, color púrpura vivo, que luego, al extinguirse, mostró una silueta cenicienta. Esa silueta se hizo polvillo, que flotó, alejándose, disperso, en el aire, camino del extractor de aire de una ventana.

Así murió Tara, en su compartimento clínico de la sección 60, adultos. Desapareciendo, pulverizada, en el vacío. Sin dejar siquiera un leve rastro de su hermosa presencia física en el lugar.

Después, Vac se encaminó a por los demás. La mente de Barrow luchaba estérilmente contra todo eso, en el fondo de su cerebro. Era como una vivida conciencia, atada y amordazada por un poder superior, pero resistiéndose a morir, a ser silenciada, a soportar pasivamente aquellos horrores de los que no podía ser responsable, que no podía evitar, porque la mente dominadora sólo le permitía transmitir recuerdos, ideas, pensamientos, pero poca cosa más, al físico poderoso de Vac, su nuevo cuerpo o envoltura.

Ahora quedaban dos víctimas más: Dean y Marsha.

Los coletazos furiosos de la mente sometida, se hicieron más intensos, pero aun así, eran débiles. Vac se esforzó por dominar la mente de Barrow totalmente, por bloquearla, en el fondo de su cráneo, inofensiva y débil, y lo consiguió.

Luego, buscó la sección infantil del pabellón. Donde Dean Barrow y la joven Marsha, su visitante, iban a ser fácil presa de su poder diabólico, inexorable. El poder de un ser superior, al que nadie podía frenar…

Llegó frente al compartimento G-37, sección infantil de Traumatología.

Se detuvo ante la puerta, rotulada con luminiscentes cifras. Era allí.

Avanzó hacia la puerta. La abrió, decidido. Entró.

Vac se encontró así frente a las personas a quienes había ido a buscar, reunidas en una misma estancia. Y a su merced.

El niño reposaba en el lecho. Ella, la hermosa muchacha fugitiva, la que huyera tan oportunamente a su fuerza aniquiladora en la residencia de los Barrow, se acomodaba en un asiento, junto a la cama de Dean.

Los dos. Sonrió Vac duramente. Los contempló, muy fijo.

La puerta había cedido tan suavemente, que ni siquiera había sido percibida su presencia. Una enfermera de aséptico uniforme atendía al pequeño. Marsha contemplaba el rostro de Dean, que parecía dormido, sumido en un profundo sopor.

Vac avanzó unos pasos, blandamente, sin producir ruido.

— ¿Cree que se repondrá en breve? —preguntaba Marsha a la enfermera en ese momento.

Y la aludida respondía, con tono profesional:

—Debe estar tranquila. El pequeño saldrá con bien de ésta...

De repente, Marsha lo intuyó. Presintió que había alguien más. Giró la cabeza.

Primero, debió pensar que era algún doctor. No dijo nada ni se sobresaltó. Después, sí lo reconoció. Acaso sus ojos, tal vez su instinto femenino...

Emitió un agudo chillido, un grito brusco, y se incorporó, derribando su asiento. Sobresaltada, la enfermera miró también hacia él, sin comprender.

— ¿Qué significa...? —comenzó la empleada del Centro Urbano de Sanidad.

— ¡Es él, estoy segura! —chillaba Marsha, demudada, retrocediendo con horror, cubriendo, sin embargo, al niño con su propio cuerpo, como deseando protegerlo de un horror indescriptible y amenazador—. ¡Es él! ¡El hombre de la muerte!...

La enfermera no entendió tal vez, pero dirigió su mano a un botón que movería un sistema de alarma, ante los gritos de la

visitante, contemplando con inquietud y preocupación al visitante que provocaba aquella violenta reacción. Dean, en el lecho, no reaccionaba ni se daba cuenta de nada.

Vac actuó.

Ni siquiera precisó moverse, ejecutar algún acto brusco o atacar a nadie. No. El no necesitaba de tales cosas. Todo podía hacerse con calma, fría y mecánicamente. Y lo hizo así.

Su mano se alzó rápida, suave también. Apuntó a la enfermera con algo. Disparó una centelleante cápsula circular, luminiscente, de luz azul vibrante. Cuando la alcanzó, ocurrió como antes con Tara en otro lugar del amplio pabellón clínico.

Todo el cuerpo gracioso y elástico de la enfermera uniformada se hizo un perfil de luz violácea, violenta. Como si la carne humana se tornase luminosa. Luego, oscuro tono gris ceniza... y simple polvillo, flotando en la estancia, disipándose, como una desintegración masiva y aterradora.

La enfermera desapareció ante los ojos dilatados, cuajados de horror, de la infortunada Marsha. Como si un soplo infernal hubiera arrastrado consigo a la mujer. Aturdida, trémula, comprendiendo que había llegado su propia hora y la de Dean, Marsha se quedó encogida, desesperada, cubriendo en vano al pobre niño con su propio cuerpo femenino, frágil y sin posible defensa ante el poder letal de aquel ser monstruoso.

—No, joven amiga —suspiró Vac, sarcástico—. No puede hacer nada contra mí. Ni siquiera defenderse. O defender al pequeño.

Y era verdad. No podía hacer nada por Dean ni por sí misma.

Y no lo hizo.

No pudo evitar que Vac hiciera con ellos dos lo que hizo...

* * *

El profesor Lester Daniels recorrió despacio la habitación. Su gesto era preocupado, tenso. Parecía haber envejecido diez años,

solamente en un escaso número de horas.

—No lo entiendo —manifestó, roncamente—. No entiendo nada.

El científico de la NASA siguió moviéndose como un fantasma por la estancia. Luego, cansadamente, se volvió hacia el general Warrington, que terminaba de hablar con el funcionario especial de la Policía de Seguridad Nacional. Ambos hombres cruzaron sus miradas con auténtico desaliento.

—Nadie entiende nada —masculló Warrington—. Pero ha sucedido...

—Espero que encontremos pronto una explicación, la que sea.

—Sí, pero, ¿cuál? —Warrington parecía desesperado, como perdido en un laberinto sin principio ni final—. Tenemos un perfecto rompecabezas sin sentido entre las manos. Antes de ahora, la Policía Militar de Seguridad nunca había sufrido un doble descalabro semejante.

— ¿Se ha comprobado si se utilizó alguna tarjeta falsa de entrada en el edificio?

—Sí. La computadora del Centro Urbano de Sanidad ha detectado la presencia de una tarjeta cuyo número de orden no corresponde a ninguno de los puestos en circulación por la dirección. Pero eso nada aclara. Alguien supo falsear esa tarjeta metálica para penetrar por los controles de acceso sin ser dada la alarma. Luego, una vez dentro del edificio, debió encaminarse a la zona de adultos, sección 60, a juzgar por los diversos controles de su tarjeta, en los ojos electrónicos de cada sector. Allí... no sé. Allí hizo desaparecer de algún modo a una mujer víctima de un accidente de circulación, una hermosa dama rubia sin identificar.

— ¿Y tras eso?

—Tras eso vino aquí —suspiró Warrington, nervioso, señalando la estancia, la cama vacía, de ropas removidas—. Y repitió el golpe con una enfermera, con el pequeño Dean Barrow y también con Marsha Ross, una joven vecina de los Barrow.

—Marsha Ross...

—Sí. En la correspondiente sección de la Policía de Seguridad Nacional figura una denuncia firmada por esa joven, indicando que un

hombre, con la voz y el físico del comandante Barrow, estuvo en la residencia de los Barrow y mató a Nadia, dejó malherido a Dean y la hizo perseguir a ella por esa misma dama de pelo plateado… En suma, ellos dos trabajaban juntos. Pero tras el accidente de su cómplice, el misterioso suplantador eliminó a su compinche, no sé por qué razón.

—Pero, ¿y Dean Barrow? ¿Y Marsha Ross?

—No lo sé, profesor. Nadie sabe nada de nada —se exasperó Warrington—. No están aquí, eso es seguro. No salieron en modo alguno del Centro Urbano de Sanidad.

— ¿Está seguro de eso?

—Si lo hicieron, sería volando. Los registros electrónicos no acusan salida de nadie que responda a sus particularidades. Todas las tarjetas de salida han sido comprobadas y no hubo ninguna falsa para abandonar el recinto.

—Excepto la del propio suplantador, imagino. El que falseó la tarjeta de entrada…

—No. Ni siquiera ésa, profesor.

— ¿De modo que nuestro hombre… no salió del centro? —pestañeó Lester Daniels.

—Me temo que sí salió. Y con los dos seres, a menos que los disolviera aquí dentro, como se sospecha hizo con la enfermera de Dean Barrow y con la misteriosa rubia del cabello platinado.

—Dios mío… Va a ser algo terrible. ¿Quién referiría una cosa así al comandante Barrow…, si regresara a la Tierra?

—Usted lo ha dicho. Si regresara a la Tierra… —Los ojos del general se fueron a la ventana, a la noche estrellada, al lejano espacio exterior. Se estremeció—. ¿Regresará alguna vez? Hemos perdido todo contacto con la nave. Nadie sabe nada. Ni usted, ni yo, ni persona alguna. La NASA, el Gobierno, los observatorios astronómicos, los telescopios y radiotelescopios, las centrales de información de radio y televisión… Nada. Como si el Cosmos se hubiera tragado súbitamente la cápsula «Galaxia». Todo y todos desaparecen, profesor. Aquí abajo… y allí arriba.

— ¿Cómo? —pegó un respingo el profesor Daniels, excitado—. Repita eso, por favor.

—Dije que todo desaparece, en la Tierra o en el espacio. ¿Qué le ha excitado tanto?

—Justamente, lo que usted ha dicho, general. —Los ojos de Daniels brillaban con una rara emoción—. «Todo y todos desaparecen...» ¿Se da cuenta? Eso es lo que está sucediendo.

—Infiernos, claro que me doy cuenta —se enfureció el militar—. Precisamente ése es el misterio que estamos afrontando ahora mismo, en este edificio...

—General, estaba pensando algo disparatado, algo sorprendente y terrible que, tal vez, sea en cierto modo una clave, un camino para entender algo de todo este delirante enigma.

— ¿A qué se refiere, profesor?

—A esto: supongamos que ambas cosas están ligadas. Supongamos que la desaparición en el espacio, sin dejar rastro, de nuestra cápsula «Galaxia» está relacionada con la desaparición de Dean y de Marsha aquí, en el hospital, y la muerte de Nadia Barrow.

— ¿Relacionarse... un hecho espacial, a miles de millas de la Tierra..., con un simple caso criminal en nuestro planeta? No le entiendo bien, profesor.

—Tenemos que quien visitó a los Barrow, con un mensaje de muerte..., fingía ser el propio comandante, según palabras de la denuncia de Marsha Ross. Extraño, ¿no? ¿Para qué suplantaría nadie a un astronauta que se supone está en ese momento muy lejos del planeta Tierra, en una misión técnica y científica que todo el mundo conoce? ¿Por qué atacar, en dos ocasiones, a la familia y amistades de Barrow?

—Usted hace las preguntas ahora, profesor. ¿Tiene también las respuestas?

—No, no, en absoluto —jadeó Lester Daniels, nervioso, preocupado—. Lo que tengo es confusión, inquietud... y una idea. Una vaga idea de que algo va mal. En la Tierra... y fuera de ella. En torno a Barrow, a esa cápsula, a sus tripulantes, al Proyecto Centauro en pleno.

—Pudiera ser que estuviera usted en lo cierto, no voy a discutirlo, profesor. Pero en ese caso, ¿qué explicación tendrían los hechos? ¿Quién puede tener interés en tal cosa... y qué clase de

recursos poseería una gente capaz de hacer desaparecer a una cápsula espacial en el espacio, sin dejar rastro ni dar indicios de destrucción, al tiempo que alguien, en nuestro mundo, aniquila a los Barrow, fingiendo ser el propio comandante? Parece una historia de locos, incluso en una época como la nuestra, en que todo parece posible…

—Sin embargo, general, recuerde que ya en otra ocasión la conquista de Júpiter señaló un buen fracaso. Un terrible y penoso fracaso para todos…

Las palabras de Lester, ahora, hicieron fruncir el ceño al general Warrington. El experto de la NASA había mencionado algo muy real, y relativamente cercano también. Apenas diez años atrás, en el primer intento fallido por enviar seres vivientes a Júpiter…

Entonces fueron solamente dos los astronautas del inicial Proyecto Centauro. Dos hombres de formidable experiencia. Y los dos se perdieron para siempre en la noche del Cosmos.

—Aaron Lorenz —recordó Warrington, calmoso— y Basil Leonev. El primer esfuerzo común de la NASA y la cosmociencia soviética. Los dos, hacia Júpiter. Nunca llegaron. Jamás regresaron tampoco.

—Y nunca supimos lo que fue de ellos…

—Pero allí sí hubo informes técnicos, datos recibidos… La cápsula sufrió una avería, resultó afectada por unas radiaciones desconocidas, y reventó, con los dos astronautas a bordo. No se pudo hacer nada. Se abandonó el procedimiento y se buscaron medios más seguros. Como la cápsula «Galaxia», a prueba de cualquier posible radiación.

—Unas radiaciones desconocidas destruyeron la nave, es cierto —convino Lester Daniels—. Ello sucedía ya muy cerca de Júpiter, en el inicio de su gigantesca zona orbital… Esas radiaciones nunca se pudieron aclarar del todo por los expertos. Y nos esforzamos en ello con toda nuestra sabiduría en la materia, usted lo sabe.

—Pero ese fue otro caso. Aaron Lorenz y Leonev fueron héroes del espacio. En la URSS y en Estados Unidos, en el mundo entero a la vez, se honró su memoria. Y ahora estamos en un asunto radicalmente diferente, Daniels.

— ¿Por qué *radicalmente* diferente? —objetó el profesor—. Podría ser *igual*.

— ¿Igual en qué?

—En todo, general. En todo. Júpiter es el factor común. Toda tentativa fracasa. Primero son unas misteriosas radiaciones destructoras. Después, una desaparición inexplicable en el vacío estelar. Mientras, en la Tierra, sucede algo sin sentido, relacionado con la gente de ese proyecto. ¿Por qué todo eso?

—Coincidencia, profesor. Simple mala suerte en nuestro afán por llegar a Júpiter. Eso es todo.

— ¿Mala suerte? Yo no recurriría a ese tópico para explicarlo todo. Hay algo más que simple «mala suerte».

—Algo... ¿Qué, profesor? Dejemos las teorías aventuradas. Necesitamos hechos, cosas concretas, no deducciones.

—Desgraciadamente, carecemos de evidencias o de indicios. Solamente podemos hacer actuar nuestra imaginación tratando de ver claro en algo. Júpiter, decididamente, es un planeta que se opone a ser dominado o tan siquiera visitado por el hombre. ¿Por qué? Tal vez porque algo en él se resiste. Algo... o *alguien.*

—No me provoque la risa, profesor —masculló el general Warrington, sorprendido su gesto—. ¿Usted... admitiendo la presencia de... de seres vivos e inteligentes en Júpiter?

— ¿Por qué no?

— ¿Gentes capaces de *destruir* las naves que se les envíe desde la Tierra, para no ser invadidos o descubiertos tan siquiera por el planeta Tierra?

— ¿Y por qué no, general? —sonrió Daniels, pensativo.

—Cielos, no. Decididamente, no. Porque entonces..., entonces...

— ¿Qué?

—Entonces tendríamos que admitir que quien estuvo aquí, quien mató a Nadia Barrow, destruyó o raptó a Marsha y al niño, aniquiló o destruyó a la chica del pelo platino y a la enfermera desaparecida..., *no es humano.* En suma, que estaríamos ante ¡«un extraño»!

—Eso es, sí —suspiró cansadamente Lester Daniels.

— ¡Por Dios, profesor, no somos niños!

—No, no somos niños —convino, grave su tono, el científico de la NASA—. Ni esto es un juego. Estamos ante algo muy serio. Algo que no comprendemos, general. Esa sería una buena explicación, aunque suene a fantástica. Todo cuanto ocurre es fantástico. Si al menos tuviéramos evidencias, pruebas de… de que mi idea puede ser cierta. Sencillamente, que *pueda* serlo, no que lo sea…

Ambos hombres permanecieron en un contemplativo, torvo silencio. Al general Warrington parecía hacérsele completamente imposible admitir que un científico serio y escéptico como Lester Daniels se dejara llevar de fantasías propias de un escritor. Daniels, por su parte, daba la impresión de sentirse irritado por la incredulidad acerada del militar, que no admitía factor extraterrestre alguno que explicara lo sucedido.

Se abrió suavemente la puerta. Unos funcionarios de la Policía de Seguridad Nacional entraron en la estancia. Uno de ellos traía una tarjeta plástica, escrita con mecánico tipo de letra.

—La computadora, general —dijo, saludando militarmente a Warrington—. Ha dado su informe sobre el análisis de las muestras de aire de esta habitación y la de la paciente desaparecida. Ha tardado poco tiempo en hacerlo, señor…

—Veamos. —Warrington tomó la tarjeta escrita por la computadora. Daniels, impaciente, se puso a su lado y leyó por encima del hombro del general.

Ambos pudieron leer lo mismo en el informe del cerebro electrónico:

«Analizado el aire, contiene residuos de polvo humano. Esto es, parte de un ser viviente de especie humana, desintegrado por medio de una sustancia disolvente de composición desconocida en la Química. Posiblemente, de origen extraterrestre. No hay más datos.»

No había más. Pero eran suficientes.

Aturdido, el general Warrington humedeció sus labios, y contempló al profesor Daniels como quien mira a un fantasma.

CAPÍTULO VIII

CYBERN.

Era aquello. Estaban llegando.

Contempló Austin Barrow la forma metálica, esférica, del cuerpo flotante junto a la inmensa mole de Júpiter, rayado, con sus franjas lívidas, de colores cambiantes, y que cubría una enorme porción del espacio celeste visible desde aquel extraño asteroide o satélite artificial del planeta gigantesco.

—CYBERN... —susurró estremecido, volviendo a ser casi íntegramente él mismo, con un leve, remoto, dominio de «algo» o «alguien», que él bien sabía «qué» o «quién» era.

Se preguntaba cosas, muchas cosas... Qué sería aquello, cuál su enigma, su significado, su contenido, su origen, la forma o formas de vida que albergaría la esfera de metal color blanco azulino, tenue y opalescente.

No encontraba respuestas. Su «otro» cerebro se negaba a darlas. Bloqueaba recuerdos e ideas. Cerraba su «memoria» a cualquier investigación personal de la mente de Austin.

Pero CYBERN estaba allí, flotando delante de él, de la cápsula «Galaxia», como un cuerpo unido a Júpiter de forma inexcusable, por una eternidad. Y, a su vez, ligaba a sí mismo y al gigante planeta a aquel nuevo, diminuto, insignificante cuerpo llegado del planeta

Tierra: la cápsula espacial del Proyecto Centauro...

Barrow se apartó del visor de a bordo. Contempló de nuevo, en exasperado silencio, a sus inmóviles camaradas.

Todos quietos, como muertos. Rígidos, tendidos en el suelo de la cabina. Sin poder hacerles reaccionar, sin lograr que volvieran en sí. Como aletargados. El sabía que no estaban muertos, que la idea de Vac, aquel diabólico ser cuyo cerebro le poseía, estaba virtualmente *dentro* de él no había querido matarles, aunque tenía su muerte en las manos. Y se había limitado a aniquilarles de aquella extraña forma, reduciéndoles a una impotencia total.

Para después, una vez en CYBERN..., ¿qué?

Vac habló algo sobre un Supercerebro. Y sobre *alimento* para él...

Alimento. Austin Barrow sintió náuseas. Era alucinante. Horrible. No podían imaginarse cosas así. ¿Era Vac un... un *extraño?* ¿Un extraterrestre? ¿Acaso... un habitante de Júpiter?

Pero resultaba tan infantil para la mente de Barrow... En Júpiter no podía haber seres humanos. Y menos del mismo volumen y apariencia que ellos, con su misma estructura y propiedades... No, eso no podía suceder. Acaso Vac fuese un «mutante», pero su cerebro era tremendamente humano, aunque cruel y despiadado como ninguno.

Eran demasiados enigmas. El no podía resolverlos, esclarecer sus dudas, sus incógnitas, sus preguntas...

Ni siquiera sabía cómo llegó a poseer sobre sí aquella arma o cápsula que provocó el letargo en sus compañeros de vuelo cósmico. Era un misterio. Un misterio que sólo entendería la parte de su cerebro que pertenecía al «otro», a Vac.

Intuía que algo estaba sucediendo allá, lejos de él. En la Tierra. Vac. Vac hacía algo, sí. En su nombre, con su cerebro. Pero con los poderes propios. ¿Qué hacía?

Se estremeció al pensar en la Tierra, en su gente, en su propia familia... Nadia, el pequeño Deam... Marsha, la dulce amiga, vecina de siempre.

Una tremenda nostalgia le invadió. Y también una sensación inquietante. ¿Sucedería algo, allá lejos, a los suyos? Trató desesperadamente de interrogar a Vac, a su cerebro aletargado. No

consiguió nada tampoco. Vac no respondía. Le controlaba en parte, siempre estaba presente en su cerebro, pero no daba respuestas.

—Nadia, Dean... —musitó—. No soportaría que a ellos... les sucediera algo...

Cerró los ojos, respirando con fuerza. Júpiter... La claridad anaranjada, a grandes franjas de diverso color, del colosal planeta solar, le deslumbraba. Y CYBERN, allá ante él, era un puro misterio flotante, una interrogante cósmica suspendida del espacio...

Todo como una pesadilla. Pero sin posible despertar, pensó.

Repentinamente, algo sucedió en CYBERN, el planeta o satélite de Júpiter. Se abrió en él una compuerta. Suave, mansamente, una gran boca metálica entreabrió sus fauces.

Y la cápsula penetró en el cuerpo flotante del espacio jupiteriano.

Con la cápsula, sus cuatro tripulantes. Tres cosmonautas en letargo, uno vivo y despierto, ávido de saber, inquieto por averiguar..., pero sin ninguna esperanza ante sí en su inmediato futuro.

* * *

La NASA mantenía silencio. Un gran silencio oficial.

Decepción en la Prensa en los medios informativos. La Policía de Seguridad Nacional tampoco era demasiado explícita. El presidente de Estados Unidos tenía una entrevista urgente con el presidente de los Estados europeos y con los países aliados de Asia.

El mundo había sido bruscamente conmovido por las palabras sorprendentes de un científico. Y por el informe de una computadora analítica. Eso bastó. Lester Daniels no era un loco ni un imaginativo. La computadora de análisis funcionaba correctamente.

De modo que algo había. Algo sucedía, fuese ello lo que fuere.

Otros análisis posteriores, en el turbocar accidentado, el que cayera al perseguir a Marsha, y en el *bungalow* de los Barrow, dieron

resultados similares.

Había algo en Tara, en Vac, en cuanto tocaban o dejaban de rastro tras de sí, que no era conocido. Un compuesto químico nuevo. Posiblemente, de origen extraño.

La noticia era demasiado seria y trascendental para tomarla a la ligera. Los esfuerzos por establecer comunicación con la cápsula «Galaxia» continuaban infatigables. Pero el resultado era siempre el mismo: negativo.

Ondas electrónicas de gran potencia, radiaciones especiales de comunicación interplanetaria, estaban siendo emitidas ininterrumpidamente desde la Tierra a Júpiter. Esperaban que si la cápsula estaba perdida en el espacio, las captase de algún modo, y supieran a bordo que no eran olvidados ni abandonados.

Tras la conferencia, la NASA, la Cosmociencia de la URSS y los astródromos de los países orientales, en Asia, recibieron una misma orden tajante:

—Dispongan todos los recursos en existencia. Lancen nuevas naves hacia Júpiter. Sean tripuladas o no.

A partir de esa orden, cada organismo espacial actuaría por su cuenta, ampliando lo dispuesto, a tono con sus posibilidades más urgentes.

La NASA, por supuesto, era la mayor interesada en que algo se pusiera en claro, fuese ello lo que fuere. Desde Cabo Kennedy se enviarían a Júpiter hasta diez astronaves, en continuada serie, para la búsqueda de los desaparecidos. Seguirían la misma ruta de la cápsula «Galaxia», llevarían equipos de comunicaciones especiales, a prueba de dificultades técnicas, e irían estableciendo por la ruta diversas estaciones repetidoras, para evitar que el puente cósmico de comunicación pudiera ser alterado o reducido.

Posiblemente todo ello no condujera a nada, pero una increíble búsqueda espacial comenzaba.

Y muchos de los astronautas y vehículos, a punto de partir, irían provistos de armas especialísimas, para un uso desesperado, por si era preciso afrontar un riesgo llegado de las estrellas, fuese cual fuere.

Como en una fantasía cósmica sin precedentes, naves y naves comenzaron a salir de Cabo Kennedy, lanzadas vertiginosamente, con

la potencia de los nuevos proyectiles portadores y de los combustibles sólidos de más reciente creación.

A la conquista de un misterio. En busca de una respuesta.

En busca de cuatro hombres perdidos. Y de un enigma interplanetario.

* * *

Lentamente, se habían ido recuperando. Todos ellos. Los tres.

Pero su gesto revelaba aturdimiento. Y parecían lentos de movimientos, como torpes al andar, al pensar, al moverse. Como autómatas acaso.

— ¿Qué ha sucedido, comandante? —fue la primera pregunta del holandés Van Burén.

—Nada, amigo mío —suspiró Austin, amargamente—. Sólo que estamos prisioneros.

— ¿Prisioneros? —repitió Dimitri Zakov, con igual torpeza—. ¿De qué o de quién?

—Tal vez pronto lo sepamos. Estamos dentro de CYBERN.

— ¿Dentro? —se sorprendió el doctor Ray North. El inglés, no mucho más ágil de mente que sus compañeros, revelaba desorientación—. ¿Quiere decir que el satélite… es hueco?

—Algo así —señaló al exterior, luminiscente y brumoso—. No sé dónde estamos, amigos, pero éste es el lugar. El interior de CYBERN, un satélite artificial metalizado, esférico, en torno a Júpiter.

—Júpiter… ¿Hemos llegado *ya?* —dudó Zakov, sacudiendo su cabeza con laxitud.

—Sí, hemos llegado. Evidentemente, el sistema de propulsión utilizado por ellos es una supervelócidad de la que distamos mucho aún en la Tierra…

— ¿Ellos? ¿Ha visto a alguien ya?

—No, Van Burén. Imagino que serán los amigos de Vac. O esto no tendría sentido.

—Júpiter... Dios mío, qué locura... —jadeó North—. En sólo unas jornadas de viaje. Cuando cuente esto en la Tierra, ¿quién lo creerá?

—No lo contará nunca, North —le recordó fríamente Barrow.

— ¿Eh? —el inglés le miró, aturdido—. ¿Por qué dice eso?

—No se haga ilusiones. No volverá. Nunca. Ninguno volveremos ya a nuestro mundo. Estamos demasiado lejos. Y en poder de algo tan despiadado como poderoso. Sería inútil hacerse ilusiones.

—Eh, ya recuerdo algo... —habló Zakov, torpemente, como flotando entre brumas—. Usted, señor, nos atacó...

—No, yo no. —Austin notó una dolorosa punzada en su mente. Se tocó la nuca, dolorido el gesto—. Fue él. Ya saben. Mi «otro» cerebro...

Parecieron entender eso, aunque con mucha lentitud. Se miraron entre sí, asustados.

— ¿Qué vamos a hacer? —preguntó Ray North.

—Creo que intentaremos salir, si nos dejan —habló Barrow.

— ¿Ahí afuera? —se estremeció Van Burén—. Sólo Dios sabe lo... lo que encontraremos, comandante.

—Sea ello lo que sea, hay que hacerlo —suspiró Barrow—. Y vamos a hacerlo. Si nos dejan salir, cuanto antes lo hagamos será mejor. Vale más la realidad, directa y sin rodeos, que toda esta incertidumbre, amigos míos...

Y decidido, en primer lugar, se aplicó su escafandra espacial y se dirigió a la salida de la cápsula. Le siguieron todos, tras un instante de vacilación. Barrow notaba un dolor creciente de cabeza, intensas radiaciones de algún tipo, dentro de su cráneo, sacudiéndole penosamente, provocando en él punzadas lacerantes, que resistía con dificultad.

La compuerta de la nave cedió suavemente a su presión del resorte de salida. Vieron ante sí la bruma, flotando como neblina o

gas, en torno a la nave. Todo luminiscente, todo informe, sin solidez aparente.

Afuera podía ser la muerte lo que esperase. Lo desconocido aterra siempre. Barrow se armó de valor, de energía. Dio un paso adelante.

—Cielo, comandante —gimió Zakov—. ¿Qué va a suceder?

Austin Barrow no lo sabía. Pero alargó sus firmes, musculosas piernas. Pisó el exterior. Y siguió adelante.

Se hundió en la bruma. Sintió que caía y caía en un abismo sin fin, dando tumbos en una sima de luz y de vapores luminosos.

Pero no le importó demasiado. Pensó en Dean, en Nadia, en Marsha, en la Tierra y en Dios. Luego, siguió cayendo hacia alguna parte…

* * *

La bruma terminó súbitamente. Y la caída, también.

Algo, una superficie blanda, acolchada, suave y muelle, acogió a Austin Barrow, astronauta. Cayó, dando tumbos, como a cámara lenta, sobre aquella superficie esponjosa y elástica.

Se incorporó. Caminó, hundiendo sus pies en aquella blandura amorfa. No tardaron en ir cayendo los demás: Van Burén, Zakov, North…

Se miraron entre sí, una vez en pie. Barrow miró ante él, a un largo sendero o corredor. Miró también arriba. Un palio nuboso, del que habían caído ellos en un vacío suave y sin violencia, lo cubría todo, como un cielo de tormenta. Ni rastro de la cápsula.

Barrow caminó decidido. Siempre adelante. Por aquel sendero, que fue estrechándose, haciéndose angosto, con gran número de curvas. Ni un sonido, ni una presencia, humana o no, ante ellos. El ruido de sus pisadas se hundía en la blandura, se perdía en el acolchado extraño del suelo.

Alcanzaron una puerta. Esta cedió, deslizándose en silencio. Era una cabina o ascensor cilíndrico, de muros de vidrio o cosa parecida. Entró Barrow. No pudieron hacerlo ellos. Súbitamente, apenas él pisó su interior, la cápsula descendió, vertiginosa, tras ajustarse su puerta. Barrow se quedó solo. Solo en un mundo desconocido y terrible, de ignorada estructura, de vida desconocida...

El ascensor de vidrio descendió, bajó sin parar, a velocidad de vértigo, por el interior de otro tubo translúcido, algo más amplio. Cuando se detuvo, Barrow casi sentía vértigo, pese a ser algo que un astronauta sabe vencer con facilidad.

Se encontró en un lugar insólito, increíble.

Grande, grandísimo. De una amplitud asombrosa. De muros curvos de tono blanco, metálico, resplandeciente. De suelo blando, suave, esponjoso también.

Frente a él, uno de los muros se mostraba cubierto por una especie de gigantesca pantalla gris, como la de un colosal televisor apagado. No había nada en ella. Sin embargo, la sensación de ser vigilado, escudriñado por unos ojos invisibles, poderosos y magnéticos, creció dentro de Barrow.

— ¿Qué sucede? —gritó, recorriendo la vasta sala sin salidas—. ¿Dónde estoy?

Su voz se perdió en lejanos, ahogados ecos, que fueron muriendo paulatinamente en la distancia. Nadie respondió nada. No sucedió cosa alguna en la vasta cámara.

Barrow lo recorrió todo lentamente. Ni puertas, ni aberturas, ni accesos de tipo alguno. Solamente el tubo de vidrio por donde descendiera el ascensor cilíndrico. Eso y la pantalla de televisión, o lo que fuese.

La sensación de ser vigilado, estudiado, como si fuese un insecto metido en una botella, en manos de un fantástico e invisible entomólogo, creció dentro de Barrow, inquietándolo más **y** más. No era una sensación agradable, desde luego.

De súbito, clavó sus ojos en la pantalla gris. Algo le dijo que lo hiciera.

Paulatinamente, ésta se fue iluminando, cobrando un resplandeciente, vivido tono azulado. El gris se extinguió, para

emerger algo, un baño de luz, una especie de líquido o de humor luminiscente, dentro de algo, de un recipiente colosal, del que la pantalla no parecía ser sino una especie de ventana, vitrina o escaparate.

Barrow, fascinado, contempló *aquello*.

Su cráneo pareció que iba a estallar. Se despojó, ahogándose, de su escafandra espacial, **y** respiró el aire, con olor a algo antiséptico, perfectamente respirable **y** límpido.

La cabeza era ahora como una masa atravesada por miles de aguijonazos tremendos. El cuerpo todo se le convulsionaba, dominado, golpeado por algo invisible...

—Y eso es sólo un pequeño estímulo de mi mente, comandante Austin Barrow —dijo una fantástica voz conocida, familiar, remota, por algún altavoz disimulado en el muro.

— ¿Eh? ¿Qué?... —Barrow giró sobre sí mismo, asustado. Miró en torno—. ¿Quién habló? ¿Qué me sucede? ¿Qué me ocurre?...

—Estoy probándote simplemente lo que puedo hacer con un hombre, con cualquier hombre —continuó la voz, calmosamente—. Tal es mi poder, que me basta desearlo para destruir, aniquilar, despedazar... Un simple reflejo mental mío... y te retuerces de dolor, de angustia, crees morir. ¿Te das cuenta, Barrow? ¿Comprendes cuál es mi fuerza? Mira, Barrow. Mira ante ti... y me verás. Verás a tu viejo amigo perdido para siempre...

Esta vez... Esta vez no había dudas. Era aquella voz. Era... *su* voz. La de un hombre admirable. La de un hombre a quien jamás soñó en escuchar. La de su maestro, su guía y camarada en la carrera de astronauta...

—No, no —gimió, tratando de penetrar, de ver el fondo de aquella luminiscente pantalla colosal—. No puede ser... Deliro. Me hacen creer lo que no es, eso sucede...

—Barrow, nadie te puede hacer creer una cosa así. Ni siquiera yo. Acércate. Ven. Sin miedo. Mírame ahora. ¡Mírame! Soy yo... Tu amigo, tu maestro, tu profesor de Astronáutica en la NASA... Soy yo..., Aaron Lorenz, el cosmonauta desaparecido...

Y Austin Barrow, estremecido, alucinado ante el horror más grande e increíble de su vida, se encontró con que aquella

luminiscencia que parpadeaba levemente en uno de los puntos de la pantalla al emitir sonidos, palabras, con el timbre de voz familiar y lejano, era la más espantosa de las formas, la materia más espeluznante e increíble que jamás pudo ver.

¡Un cerebro!

Un colosal, ingente, superdesarrollado cerebro humano, flotando en un humor luminoso. Un cerebro vivo, palpitante, enorme…

El cerebro de Aaron Lorenz, el astronauta desaparecido…

—Sí, comandante Barrow —sonó una voz ahogada a sus espaldas—, es él. Lo que queda de él. En mala hora lo conservé, lo alimenté, traté de darle vida… Es mi culpa. Mi terrible e imperdonable culpa…

Barrow, lívido, envuelto en la alucinante sensación de aquel horror inmenso, se volvió con una imprecación ahogada.

Un hombre de cabellos lacios, blancos y escasos, de rostro quemado, cubierto de cicatrices atroces, sentado en una metálica silla de inválido repleta de mandos y controles, se deslizaba por el amplísimo salón de pesadilla, en dirección a él.

Pese a sus deformidades, a su invalidez actual, también lo reconoció.

Siempre, en cualquier lugar, hubiera podido reconocer Barrow al hombre más capacitado que la Unión Soviética prestara a la conquista del espacio. Siempre Austin Barrow hubiera podido recordar el rostro del otro astronauta perdido en el Proyecto Centauro, el ruso Basil Leonev…

CAPÍTULO IX

—Sí, Barrow. Basil Leonev. Ese soy yo. O lo que queda de él...

Austin, todavía trémulo, con la visión dantesca de aquel cerebro grandioso y repugnante, agitándose en el líquido de su gran recipiente, palpitando con cada emanación de pensamientos o sonidos, se enjugó el sudor, inclinada la cabeza frente al colega soviético.

—No puedo..., no puedo entenderlo... —jadeó, estremecido.

—Sin embargo, es tan sencillo... —dijo, amargamente, Leonev—. Monstruosamente sencillo, Barrow... Unas radiaciones desconocidas, poderosas, llegadas de Júpiter... La nave que se nos destruye implacablemente, nosotros que somos heridos, abrasados, destrozados por ese alud de radiaciones inexplicables... Y cuando todo parece perdido para nosotros, algo nos absorbe, nos atrae. La nave se encuentra frente a CYBERN, el satélite artificial creado por la extinguida raza de los jupiterianos. Penetramos en CYBERN. Al hacerlo, somos despedidos, la nave estalla, enviando su informe postrero de hecatombe a las estaciones de escucha en la Tierra...

—Entiendo todo eso —asintió Barrow, lívido aún—. Es el fin de la historia para nosotros, Leonev.

—Y el principio para nosotros —suspiró el ruso—. El principio de la más espantosa pesadilla imaginable. Yo estoy en CYBERN, al fin. Con Lorenz. Malheridos, quemados, destrozados virtualmente. El, peor que yo. Dudando que pueda recuperarse, sobrevivir, busco el modo de hacerlo. Y surgen seres de CYBERN. Supervivientes de Júpiter, llegados de otro satélite aún con los últimos residuos de vida, tras una hecatombe de hidrógeno en explosión sobre el planeta...

— ¿Los visteis?

—Sí —sonrió Leonev—. Tú, también.

— ¿Vac, tal vez...?

—Vac. Y Tara. Y algunos más: Abax, Wran, Dzol... Están aquí. En CYBERN. Son mutantes.

—Mutantes... Debí imaginarlo. Pero sus cerebros...

—En realidad, hay un error de concepto en todo lo sucedido, Barrow. Tú crees llevar el cerebro de Vac, y él, el tuyo. Pero en realidad, ellos, los mutantes de Júpiter..., *no tienen cerebro.*

— ¿Qué? —jadeó Barrow—. Pero mi mente la de Vac...

—No tienen cerebro, tal como nosotros lo imaginamos. De ser así, seguro que Vac te hubiera extirpado el tuyo para intercambiarlo, Barrow. En vez de eso, lo que hizo fue, por medio de una supercirugía especial, introducir en tu mente tejidos cerebrales suyos, que controlaban los tuyos, a través de un mecanismo de acción a distancia, emplazado aquí, en CYBERN y que es un verdadero prodigio de «otra» cibernética increíblemente perfecta. A su vez, células grises tuyas, partes de tu cerebro y cerebelo, en dosis diminutas, se alojan ahora en Vac, y permiten el control total de él sobre ti, y vuestra rara comunicación mutua, con aislados parajes de la mente donde no llega el poder de Vac. En realidad, él lleva tu cerebro, pero de un modo teórico, igual que tú el suyo, Barrow.

—Pero Vac, los mutantes de Júpiter, tú, ese espantoso... ser..., *cerebro* viviente... ¿Qué espantoso horror es éste, Leonev, por el amor de Dios?

—Lo que tú has dicho: un espantoso horror, Barrow. No sé cómo se desencadenó. Yo tuve la culpa, lo sé. Yo, por fiar de los buenos mutantes, que al vernos adoptaron nuestra forma física para no causarnos horror. Estudiaron nuestros pensamientos. Su cibernética es colosal, ya te lo dije. Y gracias a sus cirujanos electrónicos, salvaron la vida del moribundo Lorenz, pero conservando viva solamente la parte fundamental del ser humano, la que ellos consideraron que bastaba para, al margen de la forma física, seguir dotando de vida a un hombre. En teoría, no les faltaba razón, pero es un monstruoso equívoco.

— ¿El... cerebro?

—Sí, Barrow. Ellos lograron solamente salvar su cerebro. ¿Entiendes? El cerebro de Lorenz. Me horrorizó la idea, pedí que lo destruyeran. Alegaron que vivía, sentía y era un ser humano. Yo lo sabía eso mejor que nadie, pero nadie conserva un cerebro ***vivo.*** Se lo dije así. Parecieron entenderlo, y se dispuso todo para destruirlo. Entonces uno de ellos tuvo la ridícula idea de decir que, cibernéticamente alimentado, ese cerebro podía vivir con todas las

mismas gratas sensaciones que si tuviera su cuerpo íntegro, y que así, destruirlo sería… un crimen. Simplemente eso: un asesinato a sangre fría. El muy imbécil logró que ese cerebro hablase, por medio de impulsos cerebrales, traducidos por un prodigio cibernético. El que le prestó voz, entonación, sensibilidad. Lorenz…, bueno, aquella horrible «cosa» que era Lorenz, me pidió ayuda, me rogó que no lo destruyese. Y yo, imbécil de mí, horrorizado de lo que iba a hacer, compadecido al oír su voz…, cedí.

—Dios mío. Nunca debiste hacerlo. No era natural, no era humano siquiera…

—Lo sé, lo sé. Yo mismo estaba reducido a esta situación, por las malditas radiaciones de Júpiter. Fui débil, acepté… y el cerebro de Lorenz vivió entre nosotros, sujeto a su existencia cibernética. Lo que siguió, poco a poco, fue siendo más y más espantoso; Barrow.

— ¿Qué sucedió entonces?

—Que el cerebro, alimentado cibernéticamente, empezó a crecer. Creció y creció de forma espantosa. Me asusté. Quise terminar de una vez con aquel horror…, y cuál no sería mi sorpresa, mi pánico, al ver que el cerebro superdesarrollado ¡nos dominaba a todos!, y hasta controlaba por sí solo la máquina cibernética que le daba vida. Así se hizo el tirano de todos nosotros. ¿Entiendes lo terrible del caso? Pura materia gris, cerebro vivo…, deformado en su moral por su espantosa situación de hoy, convertido en energía capaz de matar o de crear monstruos… Aniquilaba a los infelices mutantes o los hacía sus esclavos. Así, CYBERN, último reducto de una fabulosa civilización perdida en Júpiter, se convirtió en este tiránico mundo de un Supercerebro, capaz de hacer llegar a la Tierra a sus esbirros.

—Como Vac, ¿no?

—Eso es. Como Vac y Tara. Mutantes convertidos en humanoides. Y, como en toda comunidad inteligente, traidores a sus causas, a la conveniencia de todos. Vendidos a Lorenz, al que sirven lealmente. La loca idea de dominar a la Tierra y al Universo le ha brotado ahora a esa «cosa» terrible que alojamos aquí. Y lo logrará, Barrow, no lo dudes.

—Es imposible. Algo puede detenerle.

—No, Barrow. *Nada* puede detenerle. Ahora mismo nos escucha, nos deja dialogar porque quiere. Cuando se canse, nos puede aniquilar. Pero contigo no se cansará. Contigo todo va a ser

diferente...

— ¿Diferente? —se inquietó Barrow—. ¿Por qué, Leonev? Me asustas...

—Era tu maestro. Y tú, su discípulo predilecto. Es atroz, Barrow, pero tus compañeros de vuelo..., y cuantos seres traiga de la Tierra por medio del traslator..., servirán para alimentar sus células neurológicas, debilitadas en su terrible crecimiento, porque lo que ese cerebro no puede hacer es dejar de envejecer paulatinamente...

—Alimentarse de otros cerebros... —tembló

Barrow—. Lo temía, lo temía... Pero, ¿qué es eso del traslator?

—Maravillas de este mundo cibernético sin rival. Un medio de transportar a los cuerpos a través del Cosmos, en simples radiaciones que primero diluyen al cuerpo humano o a la materia que sea en su punto de origen, trasladándolo todo a velocidad infinitamente superior a la de la luz, hechos radiaciones sus componentes físicos, para reproducirse en idéntica forma aquí, en su punto de llegada. Vac traerá gentes de nuestro mundo para que sus extirpados cerebros pasen a servir de alimento a ese monstruo flotante que viste en su urna de conservación... Si alguien intenta atacarlo o destruirlo, él lo capta a distancia, con su pavoroso poder mental, y destruye al enemigo.

—Así, no hay remedio... —suspiró Barrow, anonadado.

—No, no hay remedio —musitó el inválido y deforme Basil Leonev—. Ya ves, Barrow. Y yo he sido el culpable de todo esto...

Inclinó la cabeza, abatido. Hubo un silencio en la cámara donde ambos charlaban, dentro del extraño mundo artificial de Júpiter, el CYBERN.

De repente, allá, frente a ellos, una plataforma ovoide se iluminó con vibraciones luminosas intermitentes. Sobresaltado, Barrow miró en esa dirección.

— ¡Eh! —estalló—. ¿Qué es eso, Leonev?

—Oh, creo que al fin vas a conocer al ser que posee parte de tu cerebro... —dijo, con amarga ironía, el ruso—. Mira, Barrow. Ahí se materializará la forma física de Vac, proyectado desde el planeta Tierra. Y con él, los seres que trae para alimentar también al cerebro

de Lorenz...

Era cierto. La luz se hizo silueta, y la silueta se hizo forma física. Tres formas físicas, exactamente.

La del rapado Vac, con sus ojos fríos, ambarinos, y las de...

Austin Barrow emitió un ronco grito al reconocer a ambos. Se incorporó de un salto, hacia las personas materializadas ante sus ojos.

— ¡Dean, hijo mío! —aulló—. ¡Marsha!...

Se precipitó hacia el receptor de ondas de materia, dispuesto a rodear con sus brazos al niño. Vac sonreía, glacial, contemplando al hombre cuya mente poseía y dominaba.

De súbito, un tremendo mazazo invisible, algo así como un trallazo inexplicable en la mente de Barrow, lanzó atrás a éste, conmocionado.

Una voz metálica, potente, que brotó de todas partes, y en cuyo timbre reconoció Austin la voz de su antiguo maestro y amigo, el astronauta Aaron Lorenz, sonó en sus oídos, en su bóveda craneana, aturdiéndolo mientras se agitaba, impotente, frente a los dolores insoportables de su torturada cabeza:

—No, Barrow. Nada de sentimentalismos. Es tu hijo Dean y una vecina tuya, Marsha... No pudimos evitar que Nadia, tu esposa, muriese en la Tierra. Si están aquí, es para mí alimento. Es penoso, pero necesario.

— ¡Lorenz, asesino, monstruo! —aulló Barrow, desesperado, retorciéndose bajo el invisible azote de su dolor mental—. ¡No lo permitiré! ¡No lo permitiré!...

—No está en tu mano evitarlo, Barrow —sonó la voz estruendosa del cerebro—. Pero sí hay un medio por el que podrías salvar la vida de Dean y de Marsha... Un único medio, Barrow. Es por eso por lo que te he traído aquí con vida. Barrow, tú... tú puedes ser mi sucesor.

— ¿Qué? —aulló Barrow, demudado, envuelto en una telaraña de alucinantes horrores—. ¿Qué maldita atrocidad dices?

—Todo ser viviente nace y muere. Y necesita un sucesor, si creó un imperio. Mi crecimiento cerebral quizá ha minado mi vitalidad. O

acaso aquellas radiaciones me afectaron demasiado, no sé. Lo cierto es que me queda poco de vida. Quiero que tú, Barrow, me sucedas. Serás… mi heredero. El Delfín de CYBERN. Llegarás a conocer el poder total, el dominio del mundo, del Universo, de todo lo conocido…

—Es… es una locura… ¿Cómo podría yo… suceder a… a una «cosa» como lo que eres tú ahora, Aaron Lorenz?

Una risa metálica, extraña y diabólica se extendió por la sala. Aun antes de hablar el cerebro, Barrow tenía conciencia del nuevo horror sin límites al que iba a enfrentarse.

—Muy sencillo, Barrow —sonó la voz metálica—. Del único modo posible… Yo… yo soy solamente cerebro. Puro cerebro, y eso es lo perfecto. Barrow, serás… serás operado por mis cirujanos cibernéticos… Y extraído tu cerebro de tu cráneo, tu cuerpo será destruido, y tu mente ocupará mi lugar, iniciando el período de crecimiento y desarrollo mental…

— ¡Nooo! —chilló Barrow, alucinado—. ¡Eso no, nunca!…

—Entonces, Barrow…, tú, tu hijo y Marsha… seréis mi alimento. No hay otra alternativa. Y lo siento —sonó la implacable voz del cerebro.

CAPÍTULO X

No había otra alternativa.

El cerebro, el Supercerebro humano de CYBERN, había dado su última palabra. Barrow debía escoger entre su vida y la de sus seres queridos, ahora que Nadia ya ni siquiera existía. Sacrificar al pequeño Dean, a Marsha... y a sí mismo. O elegir el papel delirante de ser el heredero del pavoroso reinado de un cerebro infernal, acaso alterado monstruosamente por las radiaciones, la avanzada cibernética de aquel lugar, y tantos otros fenómenos inexplicables.

—No, no —se repetía—. Eso nunca. Nunca...

—Lo lamento, Barrow. Yo fui la causa de todo. Y nada puedo hacer ahora por ti... —sonó la ahogada voz del soviético Leonev, involuntario causante de aquel horror. Luego, se alejó con su metálica silla de inválido por las galerías de aquel espantoso lugar.

Barrow contempló a sus compañeros, Van Burén, Zakov y North, alineados para ir a servir de alucinante alimento al cerebro. Luego, serían Dean y Marsha..., si él seguía negándose. Dean, recuperado de su inconsciencia, incluso le sonreía, junto a Vac.

—Papá, no ocurrirá nada —decía—. Tú nos vas a sacar de aquí, ¿verdad?

—Sí, hijo, sí. Yo te sacaré de aquí… —y, desesperado, miraba a Marsha, que le sonrió dulcemente, limitándose a musitar con voz ahogada:

—Austin, no tengo miedo. Será lo que Dios quiera que ocurra. Pero no accedas. Es preferible morir a aceptar algo infame.

—Cielos, no sabes tú lo terrible que será aceptar… o no aceptar —musitó Barrow, lívido, impotente.

Y se hundió en un silencio estremecido. Incapaz de hablar. De reaccionar.

* * *

Lorenz, su cerebro monstruoso, mejor dicho, se había sentido magnánimo.

Le concedió un plazo. Debía escoger dentro de él. Al término del mismo, no habría ya alternativa. Era la muerte para Dean y Marsha. Los tres astronautas serían alimento del Supercerebro apenas unas horas más tarde. La cirugía cibernética de CYBERN haría el prodigio de aquella alimentación increíble y monstruosa.

Austin Barrow sentíase confuso, aturdido, lleno de intenso dolor físico y mental. Pensaba en Nadia, su esposa, a la que ya nada podría volverle a la vida. Hubiera querido estar allí para defenderla, para hacer algo en su favor. Y no fue posible. Vac, aquel canalla que tenía su cerebro, la había matado despiadadamente, como quiso hacer con Dean, con Marsha…

Menos mal que, en vez de matarles en el Centro Urbano de Sanidad, optó por llevarlos consigo a CYBERN, para utilizarlos como rehenes e intimidar así a Barrow.

En conciencia, no podía aceptar la oferta espantosa de Lorenz. Pero tampoco dejar morir así, sin hacer nada, a Dean y a Marsha. Cualquier decisión era terriblemente mala.

— ¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer? —jadeaba para sí, crispado.

Sabía que intentar destruir o atacar el cerebro de Lorenz era

cosa imposible. Su poder mental era enorme, y podía matar sólo con desearlo, emitiendo ondas mentales mortíferas.

No, no era el camino.

Sin embargo, tenía que haber un medio. Tenía que haberlo...

Barrow se irguió. Rebelde, decidido, crispado, dispuesto a todo. Lo haría. Tenía que hacerlo, aunque muriesen todos. Cualquier cosa era mejor que permitir aquel horror viviente y amenazador.

Avanzó hacia la salida. Sabía que se iba a enfrentar a un poder implacable y casi infinito. Pero no le importaba. Ya, no.

En ese momento sonó la voz de Vac cerca de él:

—Barrow, amigo mío..., ¿crees de veras que podrás hacer algo?

Austin miró al rapado ser de ojos ambarinos. El mutante sonreía, cruel. Se sabía dueño de la situación. Dueño de todo.

—Tú tienes mi cerebro —jadeó Barrow—. Por eso sabes lo que pretendo hacer, cerdo...

—No te enfurezcas. Aquí, la ira no sirve de nada. Todo es frío, mecánico, poderoso. Tú no vales nada. Ningún humano vale nada. El Supercerebro vencerá siempre. Deberías aceptar la sucesión. Es tu único recurso, Barrow.

—No aceptaré nada. Prefiero morir.

— ¿Con tu hijo... y con ella? —rió Vac, irónico—. La amas, lo sé.

—También amaba a Nadia. Y tú la mataste, canalla —apretó los puños, iracundo—. Tal vez trate antes de acabar contigo que con Lorenz. A fin de cuentas, él es... una masa cerebral enferma, un monstruo viviente, y nada más. Un monstruo que agoniza, por añadidura.

—Pero lo bastante fuerte aún para...

En ese momento parpadearon luces rojas en la sala. Vac, sorprendido, miró en torno.

— ¡Alarma! —gritó—. ¿Qué sucede?

Una voz metálica, monocorde, informó:

—Naves de la Tierra. Numerosas astronaves con poderosos medios de comunicación y con armas nucleares, camino de Júpiter. Pueden ser un peligro. Las computadoras marcan una posibilidad peligrosa para CYBERN de un sesenta por ciento, si llegan cerca de Júpiter...

Vac miró con fría ira a Barrow, que escuchaba atento el aviso.

—Nos ocuparemos de ellos —murmuró—. El poder mental del Supercerebro hará el resto. Moviendo la energía cibernética de este mundo, aniquilará a toda nave en viaje, antes siquiera de aproximarse **a** la órbita jupiteriana...

Entró en la cámara del cerebro, rápidamente. Barrow lo hizo lentamente tras él. Le vio actuar ante los mandos. La gran pantalla monstruosa se iluminó. El cerebro centelleaba, en luminosas palpitaciones repetidas. A toda presión, corrían luces parpadeantes por los paneles electrónicos.

El Supercerebro trabajaba rápido, activo, vertiginoso. Las naves terrestres, poco iban a durar en el espacio. El poder mortal las aniquilaría...

Y justamente en ese momento, una mente emitió una idea fugaz a Barrow:

—El cerebro, Austin... El cerebro está ahora debilitado. Se ocupa de activar la potencia cibernética agresora. Es demasiado para su fatigado estado de vejez actual... Es el momento, Barrow. ¡Es el momento!... El botón rojo... ¡El botón rojo!

Barrow entendió. Telepatía. Alguien le transmitía telepáticamente, muy débil, para que Vac no lo captase. El cerebro estaba demasiado concentrado ahora en lo demás...

La mente emisora era la de Leonev. Barrow miró, guiado mentalmente por el ruso.

El botón rojo...

Lo vio allá, frente a él. Dentro de un vidrio que lo recubría.

—Puede quebrarse —sonó la voz mental de Leonev—. Puede hacerse. Acércate. Cuidado. No pienses. Controla tus ideas. Piensa desesperadamente en otra cosa. En cualquier cosa que no sea ese botón. Y en cuanto estés a su lado..., *¡actúa!*

Barrow lo hizo. Vac era todo actividad. También el cerebro, en otro modo. El parecía fascinado, contemplando aquella horrible masa blanda, tras el vidrio. Flotando, actuando...

El botón.

El botón estaba cerca. Muy cerca ya...

Barrow tomó alientos. No pensó en nada.

Y, de repente, descargó con toda su fuerza una patada demoledora, con sus botas espaciales, sobre el vidrio y el botón.

Hubo un chispazo, un violento temblor, un alarido que retumbó en su mente miles de veces, ensordeciéndolo. Todo giró, como a velocidad de vértigo, en torno suyo. Lívido, Vac se volvió, trató de ir hacia él... Barrow le golpeó brutalmente con ambos puños, antes de caer, cuando ya la luz de la gran vitrina se extinguía, entre chispazos, quebrándose el vidrio. La masa encefálica reptaba como un enorme monstruo blando, rompiéndose y quemándose, y el viscoso humor envolvía a Vac, ahogándole...

Barrow perdió la noción de cuanto le rodeaba. Se hundió en la negrura...

* * *

—Dios mío, Austin... El final. Fue el final...

Austin Barrow afirmó, rodeando con sus brazos a Dean, a Marsha... Miró atrás. A Van Burén, a North, a Zakov...

Todos de regreso. Todos en casa. Suspiró, contemplando en torno suyo el ambiente familiar, los edificios de la gran urbe... La noche sobre América, sobre la Tierra amada...

—Funcionó el translator. Leonev compensó en parte sus errores —dijo lentamente Barrow—. Tras ser aniquilado el cerebro, nos concedió el regreso...

—Y él se quedó —dijo Zakov, su compatriota, sombría la expresión—. Pobre Leonev. A morir en aquel mundo metálico, con los

pobres y escasos mutantes que sobreviven. Aniquilada casi totalmente su obra cibernética por la agonía atroz del cerebro…, poco podrán hacer, sobre todo si nuestros cohetes interplanetarios les bombardean…

—Leonev quiso rectificar así su fallo. Dios le haya perdonado sus humanos errores. —Austin Barrow miró a Marsha, cuyo hombro oprimió con calor. Luego, miró tiernamente a su hijo, trémulo y asustado aún—. ¿Quieres llevarle a dormir ahora? Ya es tiempo para él, Marsha…

—Sí, Austin —murmuró ella—. Yo cuidaré de él y de ti…, ahora que Nadia no está.

Se alejó con Dean. Barrow miró a sus compañeros. Respiró hondo el aire quieto de la estrellada noche terrestre.

—Ahora, a ver al general Warrington —dijo—. Vamos, amigos. Y esperemos que ellos crean nuestra historia…

F I N

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

Una
ventana
abierta al futuro
gracias a la pluma
de unos autores
que constituyen
para los aficio-
nados a
la

"CIENCIA-FICCION"

la mejor garantía de calidad


EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.
Impreso en España
Printed in Spain